

# PAPELES DE BUENOS AIRES



## SUMARIO

*Eduardo Keller: La Niña del Verde. \* Raúl Scalabrini Ortiz: Regalo de mi juventud para la de otros. \* Oliverio Girondo: Membretes. \* Daniel J. Varela: El rito. \* Joseph Delteil: A la búsqueda de mi raza. \* Felisberto Hernández: Tierras de la Memoria. \* Pensador Poco: Escritos. \* Rodolfo Mondolfo: Misión de la cultura humanista. \* Gabriel del Mazo: El niño en la futura república. \* Bernardo Canal Feijóo: El padre desconocido. \* Wally Zenner: El diálogo. \* René Portocarrero: Dibujo para una Mitología Imaginaria. \* Virgilio Piñera: Poema para la Poesía. \* Ernesto Sabato: Fastuoso porvenir de la ignorancia. \* Ignacio Méndez Zuloaga: El mareo del sueño de Luciano. \* Ricardo Villafuerte: Historia de la guerra total. \* Anónimo 1944: Cuento.*

Dibujos de Luis Centurión.

● *Vida diaria.* — ¿Qué le falta a aquél que tiene padres buenos y honrados, amigos dignos de consideración y cariño, conocidos variados y espirituales, una reputación irreprochable, una figura grata, una forma de vida convencional, un cuerpo muy sano, ocupaciones decorosas, habilidades agradables y útiles, un alma serena, recursos moderados, variadas bellezas de la naturaleza y del arte a su alrededor, una conciencia del todo satisfecha — y el amor, el mundo tras de sí y la vida de familia aun por delante o el amor a su lado, el mundo tras de sí y una familia bien constituida a su alrededor? Se me ocurriría, en aquel caso, que nada sino un ánimo más aplicado y una paciente confianza, y en éste, nada sino la fe y una muerte amable.

● No hay pues alegría mayor que comprenderlo todo, estar en todas partes como en su casa, tener

respuesta para todo y poderse desempeñar dondequiera. Si entonces se quiere además en todas partes lo justo, si se busca despertar una vivificante buena voluntad, conservarla y elevarlo todo hacia un propósito hermoso, entonces puede uno tenerse por un hombre intachable y honrarse cordialmente.

● Vínculo que se contrae hasta para la muerte es una boda, que nos da compañera para la noche. En la muerte el amor es de lo más dulce; para el que ama, la muerte es una noche de novios, un secreto de dulces misterios.

¿No es discreto buscar para la noche un lecho en compañía?

Quien hasta en sueños ama dice sabio sentido.

● Morir es un acto puramente filosófico.

● *Suicidio.* — El acto puro filosófico es el suicidio; es el principio real de toda filosofía; hacia él tiende toda la necesidad del aprendiz de filósofo y sólo este acto corresponde a todas las condiciones y características de la acción trascendental.

● *Sentido de la adivinación.* — La filosofía es fundamentalmente antihistórica. Va de lo futuro y lo necesario a lo real; es una ciencia del sentido de adivinación general. Explica lo pasado con el futuro, lo cual es al revés de lo que ocurre con la historia. (Lo observa todo aislado, en su estado natural, desvinculado.)

NOVALIS. (*Fraags.* 20, 21, 51, 93, 96, 97).

## Aire del Tiempo

¿Acaso ya no tienes suficientes  
lugares comunes?  
Las gentes te miran sin reír  
Tienen ojos de vidrio  
Tú pasas, pierdes tu tiempo, pasas  
Cuentas hasta cien y haces todavía  
trampas para matar diez segundos  
Bruscamente distiendes el brazo  
para morir.

No temas  
Un día de éstos  
No habrá más que un día y luego otro  
Y de pronto, todo listo,  
No habrá ya ninguna necesidad  
de ver los hombres ni las  
bestias de Dios  
Que ellos acarician de tanto en tanto

No será menester hablar tampoco solo  
por la noche  
Para dejar de oír  
La queja de la chimenea  
Ni será preciso siquiera que levante  
mis párpados  
Que lance mi sangre como un disco  
Ni que respire a pesar mío

No deseo la muerte, sin embargo,  
La campana de mi corazón canta a sovoz  
una esperanza muy antigua  
Esta música Bien lo sé Mas las palabras  
Que decían al justo Las palabras  
¡Imbécil!

LOUIS ARAGON.  
(*El Movimiento Perpetuo*)

—¿Qué hemos aprendido?  
—Que la gente de todo el mundo tiene nariz —  
observó Homero.

—¿Qué más?  
—Que las narices no sólo sirven para sonarse  
o resfriarse, sino también para que la crónica de  
la Historia Antigua sea recta.

Mis Hicks miró a otro lado y dijo:  
—Algún otro, por favor. Parece que Homero se  
ha entusiasmado con las narices.

—¿No está en el libro, acaso? ¿Por qué las  
mencionan? Deben de ser importantes.

—Parece que Mr. Macauley desea hacer un dis-  
curso extemporáneo sobre la nariz humana.

—Bueno — dijo Homero, — no será un verda-  
dero discurso, pero la Historia Antigua nos ense-  
ña una cosa — y lentamente, con una especie de  
énfasis inadecuado, continuó: — que la gente siem-  
pre ha tenido nariz. Para probarlo no hay más  
que observar a todos los de esta clase, uno por  
uno. — Miró a su alrededor. — Narices por todos  
lados. — Se detuvo, titubeó un instante, sin saber  
qué más podría decir, y al fin se decidió: — La

nariz es, quizá, la parte más ridícula del rostro  
humano. Siempre ha sido una fuente de molestias  
para el género humano, y los hititas triunfaron  
sobre todos porque tenían narices grandes y gan-  
chudas. No importa quién inventó el reloj de sol,  
porque tarde o temprano alguien lo inventaría. Lo  
importante es lo que se refiere a las narices.

Joe el actor escuchaba con profundo interés y  
admiración, y hasta con un poco de envidia. Ho-  
mero continuó:

—Algunos hablan por la nariz. Muchos ron-  
can a través de sus narices y un montón de gente  
silba o canta a través de ellas. Hay personas que  
son llevadas por la nariz y otras que usan la nariz  
para escudriñar diversos lugares. Hay narices mor-  
didas por perros rabiosos; actores de cine, en apa-  
sionadas historias de amor, a quienes les han dado  
con "la puerta en las narices", y las hay agarradas  
en batidores y pinzas automáticas. La nariz es fija,  
estática como un árbol, pero colocada en un objeto  
movible — la cabeza — suele sufrir porque se la  
lleva a lugares donde resulta un estorbo. El pro-  
pósito de la nariz es oler lo que hay en el am-

biente, aunque existen personas que "levantan la  
nariz" a las ideas, a los modales o a las apariencias  
ajenas. — Se dió vuelta a mirar a Huberto Ac-  
kley III y luego a Helena Eliot, cuyas narices, en  
vez de ser respingadas, por algún motivo se incli-  
naban hacia abajo. — Esas personas levantan sus  
narices al cielo, como si ése fuera el camino para  
entrar en él. Muchos animales tienen cavidades na-  
sales, pero pocos tienen lo que nosotros llamamos  
nariz, y a pesar de eso el sentido del olfato está  
más desarrollado en los animales que en el hom-  
bre, que tienen nariz y no es broma. — Homero  
Macauley respiró profundamente y decidió acabar  
su discurso: — Lo más importante sobre la nariz  
es que trae molestias, causa guerras, rompe viejas  
amistades y hunde muchos hogares felices. Ahora,  
¿puedo irme a la pista, Miss Hicks?

WILLIAM SAROYAN.  
(*"La Comedia Humana"*)

## LA NIÑA DEL VERDE

Es Lugeharg el verde la niña adolescente recién aparecida  
espiando en los intervalos de la mirada desprevenida  
y como al azar  
intacta la sonrisa  
con esa palidez translúcida infantil  
que tienen los aparecidos borrosos un poco velados

huye en una marea de flores que reúnen su rostro  
con esa fija mirada de la ausencia  
vistiendo con los fáciles verdes y azules las llamas de cada árbol  
sus manos  
la nube de sus pies adolescentes  
y el río fluyente de sus ojos  
cayendo como una cascada sobre sus vestiduras blanquísimas  
eternamente infantiles  
que ellos — sus novios — apuran en el hueco de la mano  
como una agua esencial  
con un temblor sediento de tierra muy comprometedor  
para un enamorado,

—pero ella se aísla (refugia su rostro en sus facciones olvidadas)  
y sonríe:  
—no puedo no puedo  
mientras sobre sus espaldas en raudal  
cae con voz amante la copa de miel de sus cabellos

la realidad de este olvido es un espejo de verdores  
la niña es el otro lado de este olvido  
el brillo mismo que forma su imagen

(en el jardín cada árbol repite su color superpuesto  
una imagen movida que desplaza  
o despega su imagen idéntica)

adoro el perfil de la niña del verde  
adolescente recién aparecida sobre el muro  
cuya sonrisa súbita entre las hojas de la mirada  
detiéndose en un rincón umbrío del jardín de la tierra  
que nos espera inmóvil  
entrañable

EDUARDO KELLER.

## Regalo de mi juventud para la de otros

EL hombre habla frecuentemente de su vida, pero pocos, en verdad, la habrán palpado como una unidad consistente. Yo, al menos, no la he sentido así. He tenido días, simplemente. Días de sufrir. Días de esperar. Hubo momentos magnéticos, como relámpagos, y grandes zonas de depresión. A mis días les faltó conjunción. Fueron los unos extrañamente ajenos a los otros. Ni aun en la plasticidad del recuerdo se refunden. Les faltó sometimiento a una empresa más grande que ellos mismos. Les faltó subordinación a una fe. Desde ese punto de vista, mis días fueron característicos de una generación que se relajaba en el descreimiento. Por eso hablo en primera persona. Se habla de sí mismo por orgullo o por humildad zoológica, como hablaría de sí el tero, el chajá o el ñandú.

Desde esta colina de los cuarenta y seis años, recién veo claramente que a través de todas las alternativas yo buscaba una creencia, un sistema de perfección, una tarea irrealizable que podía ser realizada en cualquier momento. Para ser yo mismo quería fundirme en algo más grande que yo mismo.

Mi búsqueda fué desesperada sin saberlo. Sin una creencia, el hombre vale menos que un hombre. Sus poderes se amenguan, su vitalidad se marchita. Ignoraba que fuera tan arduo el aprendizaje del saber crear. Con premurosa ingenuidad hurgué todos los conocimientos. Mi puericia, mi adolescencia y parte de mi juventud se fraccionaron entre el rebelado chacoteo de la calle y la disciplina del estudio.

Bajo la tutela de mi padre, maestro de maestros, me inicié en razonamientos eruditos, descifré textos de filosofía, supe de discrepancias conceptuales y aprendí a arrebañar y conducir abstracciones. Poco obtuve de los filósofos, sin embargo. El filósofo no es gustoso de consignar en las letras la debilidad substancial de sus días. La primera esperanza de una fe se me desgastó en ellos. Luego he seguido leyéndolos, pero ya fué con ánimo mezquino, para aguzar y adiestrar en su manejo los instrumentos de comunicación y de expresión.

Mi desasosiego me adentró en ese minucioso escarbar del mundo material que se llama ciencia. El aprendizaje de las ciencias es cautivador, porque a medida que se estudia se sabe cada vez menos. El mundo se escurre de todas las mallas de la sistematización. Cuanto más secretos de arquitectura cósmica, de estructura atómica u orgánica se enumeran y dilucidan, más se multiplican los misterios. No hay ciencia que resista la demolición de tres preguntas candorosas de niño. La tarea fundamental de la ciencia es suplantarse las definiciones ajadas por otras de palabras flamantes. Por eso yo manejé la biología, la física, la botánica, las probetas y los frascos de Erlenmeyer con el mismo estado de ánimo de quien tira al blanco: con profunda concentración inmediata, pero sin convicción permanente.

También fué aplicado en álgebra y en toda matemática. Es un ejercicio mental apenas más laborioso que el juego de ajedrez. Pero hay un límite

para la acción sin apego y pronto el ingenio del cálculo infinitesimal y de la geometría proyectiva se fueron al archivo de las recreaciones traspuestas, junto a las bolitas de vidrio y a la pelota de fútbol. Debo confesar que la capacidad de concatenar un razonamiento se fortificó en ellas. Además las matemáticas me libraron del encandilamiento matemático. La intensidad del pensamiento abstracto me acercó, sorpresivamente, a la intensidad del pensamiento lírico. Cuando se reduce el alcance de un número al de un adjetivo, la fórmula matemática alcanza una fuerte densidad emocional. Quizá en reposo lejano pueda fundar esta inusitada semejanza, que ya Gaus presintió. Pero hoy mi voluntad es hablar solamente de mis creencias perdidas, fundamentando, así, mi derecho a ser uno cualquiera que sabe que es uno cualquiera.

Pasé varios años de desafuero educacional. Leía desordenadamente y creía ser ajeno a la ciudad, cuando la ciudad comenzaba a insumirme. Sin saberlo, y más bien suponiéndome distinto, yo estaba comenzando a ser un muchacho porteño. Jugaba al billar, boxeaba y hasta fuí campeón en el arte de endosar trompadas. Pero mi intimidad de veinticinco años se encontraba perdida y sin objeto. En mi escaso juicio, yo era un extranjero entre los míos. Poco recibía de ellos y poco les daba, suponía. Fueron días desapaciguados, de acción mortecina y de pasión reticente, tan desvalidos que es casi imposible reconstruirlos. Lo más vitalmente valioso de mi juventud quedó tirado en las calles de Buenos Aires.

Fueron tiempos de vagancia, sacudidos por extremas tentaciones, zarandeados por deseos escurridizos. Era el tiempo de conocer. Cada día ofrecía un itinerario y una fisonomía forzosamente desemejante. Traté personas de toda laya. La sabiduría leída comenzó a parecerme despreciable. Me percaté de cuánta suma de perspicacia, de ahinco y de vigor se malgasta anónimamente en la simple función de vivir. Oscuramente presentía que el hombre es más digno de serlo por lo que calla, no por lo que expone; por lo que sofoca, no por lo que desencadena; por lo que proyecta, no por lo que realiza. Me pareció que el fracaso es el mejor temple del corazón humano. La sabiduría, el poder y la riqueza se me ocurrieron plebeyas, y con frecuencia solía avergonzarme de saber un poco más. Al rever esta etapa de mi vida comprendo que la ciudad tenía para conmigo una severidad de maestra de primeras letras. La inédita visión del mundo autóctono subía en mí como sube el zumo de la tierra en el gajo recién trasplantado. Una convicción ascendía hasta el espíritu desde lo elemental.

Pero aun me faltaba una lejanía. La lejanía es una gimnasia del afecto. Y así fué mi alejamiento. Comencé a buscar mi verdad, huyendo. Conocí la pampa, los bosques, la cordillera. Anduve en los ásperos altiplanos tocadores de quena y en las orillas de mi río natal, cuyas aguas descienden al mar con un silencio de siglos. Y un día sin importancia, un día cualquiera, un día desproporcionado con la decisión, me fuí a Europa en un barco de carga.

La distancia es el tiempo mismo que está acostado, y por eso lo mío lejano era más mío. Europa es la tierra con la forma sensual del anhelo del hombre. Allí todo es blanco y fácil, hasta el morirse. Yo llevaba una estima reverente. Conjeturaba que los europeos eran con relación a sus obras lo mismo que nosotros con relación a las nuestras: infinitamente superiores a sus realizaciones. Me equivoqué. Di con técnicos. Técnicos del saborear. Técnicos de la escritura. Técnicos del querer. Técnicos del cálculo. Me sorprendí al comprobar que la producción era superior al productor. Sus obras resumían lo más valioso de cada uno, acrecentadas por el esfuerzo coincidente de los antecesores. Cada hombre está íntegramente en su órbita. El labriego es el mejor labriego y el historiador, el mejor historiador, nada más. Pero no sentí en ellos esa congestión de posibilidad, ese atrancamiento de pasiones, esa desorientación de solicitudes, ese afán de determinar inhallables que había sentido palpar en la entraña joven de mi tierra. Días hubo en que me gané mi pan barriendo la nieve de las calles de París, pero en ningún momento se me privó de la posesión de cuanto es más grato al hombre: la doble carne tibia del hambre y del afecto. Sin embargo, nunca me he sentido más solo e incapaz de comunicación. Allí no entienden el vibrante lenguaje de nuestro silencio con que expresamos lo que no podría expresarse de otra manera. Allí, en la Butte Montmartre, ella recitaba su técnica de amor, pero lo único mío era una luna lúcida y rechoncha, una luna porteña que espiaba jovialmente por un ojo de la noche.

En Europa se produjo el mágico trueque de escalafones, del que aun me sorprende. Fué un inusitado cambio de niveles, algo así como un sifón que se colma y de pronto vacía el recipiente que iba llenando. El pasado se reincorporaba en mi espíritu con apuros de reconsideración. Comprendí que nosotros éramos más fértiles y posibles, porque estábamos más cerca de lo elemental. La revisión fué brusca y profunda. Hasta la historia de los hombres de mi tierra, de la que estaba atosigado por una didáctica torpe e insistente, se abrió ante mí como si sus hechos fueran las radículas procuradoras de la savia del futuro. La probabilidad de una fe entroncada en el seno mejor regado de mi propia entraña se expandió súbitamente.

Cada creencia implica una concepción propia e integral del mundo, y la mía naciente presuponía un imperativo de primordialidad, una virginidad mantenida a toda costa. Era preciso mirar como si todo lo anterior a lo nuestro hubiera sido extirpado. La única probabilidad de inferir lo venidero yacía, bajo espesas capas de tradición, en el fondo de la más desconcertante ingenuidad.

Así brotó en mí una fe alegre. La alegría viene de adentro. Es una creencia armónica tan bien calzada con el ser que no necesita deshacerse en cajadas. La legítima alegría es una incandescencia del espíritu. Desde entonces, mi vanidad es, no de libros leídos, sino de vidas hojeadas en que sentí similitud con la mía. Mi orgullo: el saber licuarme entre los hombres que sienten como yo. Mi fe: la de que los hombres de esta tierra poseen el secreto de una fermentación nueva del espíritu.

## EL RITO

LA señora Balta tiene alrededor de setenta años y es madre de tres hijos y una hija. Recuerda los tiempos cuando ella casó, tiempos en que un hombre era un ser almidonado en sus puños de camisa, en su corazón, en sus ideas. La señora Balta cree que hoy somos más civilizados, es decir, más venturosos.

Recuerda que en casa de sus padres a veces eran felices una vez cada cinco años, cuando la abuela bajaba de Tucumán rodeada de exquisitos dulces y de bastante dinero; la abuela no sólo ponía billetes bajo la almohada de cada uno, sino que los repartía dentro de los jarrones, en la mano de los ángeles de petitbronce, colgando de las arañas.

Ahora la señora Balta es dichosa una vez al año. Ríe, pero más que ríe sonrío y sueña esa vez, con una alegría interior y recatada. Es el día que reúne a todos sus hijos y sus nietos, sobrinos y parientes, en un gran almuerzo de más de cien amigos. Toda su casa ese día es sólo un comedor (verdad que la comida es un pretexto o un rito; son las almas), un comedor prolongado en seis habitaciones, con mesas que van de pieza en pieza. Vienen de varias ciudades del país los nietos y sobrinos; todos tienen que estar sanos y sonrientes. Y si por fatalidad hay algún enfermo, se lo trae también junto a la mesa.

Un día esa larga mesa no se tenderá. Pero un largo día de haber sido felices todos los de una misma sangre y esperanza, sin un ausente, es fuerza muy poderosa contra la tristeza y contra la nada.

## EL LEOPARDO

SU poder fué desarrollándose, todo lo ha ido pudiendo. Conoció la libertad, no la de la selva abierta y sin rival, sino la de los músculos en constante tensión, la de las garras prontas. Cuando se mueve parece que marcha más que la libertad, el todo-poder.

Ahora yace en una jaula de circo, en una ciudad del interior. Una jaula reforzada, de quince metros por diez, pero abierta al cielo. No está agitado ni parece añorar su vida errante. Se mueve, erguido, magnífico, señor de sí. Estira sus patas y destroza sin avidez la carne que depositan en el piso. Parece como si aún tuviera mucha indomitez de qué vivir, mucha omnipotencia, que recordar aún sin tristeza. Quizá algún día se sienta encerrado, coartado. ¿Por qué la más alta libertad ha de ser el poderío salvaje o la ferocidad? — diría el moralista de la leoparidad, que podría ser un león de Abisinia.

¿Dónde reside la libertad de esta bestia radiante y profunda? Rodeado de especialistas en libre albedrío y en Bien y Mal, emerge como figura y animación de un reino superior. Su libertad no es un poder físico; pero tampoco es un poder moral al estilo del "juncos pensante". Acaso coincide con un no saber de la muerte, con su ausencia de terror metafísico y de duda sobre si debió o no existir.

Ahora por unos centavos los hombres pueden contemplar la magnífica fiera, majestad de la naturaleza. Se mueve más libre que cuando en los montes; ahora no necesita el espacio ilimitado ni la merced de las fieras menores. Ahora vive su designio, su identidad consigo mismo, su salud de no temer y no implorar, dondequiera.

Pero no le sienta mal la pequeña libertad nueva de destrozar su jaula y correr por las calles de la ciudad, sin dañar a nadie, y volver a su jaula, a dejarse remachar de nuevo.

## LA INVOLUNTAD

SE van tejiendo flores húmedas alrededor de la cabeza. Los ojos palidecen, las manos no asen hábilmente a las cosas. Algo va cediendo dentro del cuerpo, alguna gota de agua va calando las vísceras. Y crece el sordo rumor que llama de otro universo. Cíñense cada vez más las invisibles flores. La herida interior no se cierra, avanza; la cicatriz no apresura su calor, su fuerza, sino que se ensombrece y amortaja. Las flores húmedas se abren bajo la piel de la cabeza, en el núcleo del pelo. Y cada vez van descendiendo y cerrando su arco. La mirada más marchita; más lejana la palabra. La laguna interior de sangre sin salida se desplaza a un lado y otro. Crece aún. Llegan humores descompuestos de venillas remotas. Cada vez más sombría la boca de la herida.

Las flores van cíñéndose, apretando. Circundan la garganta. La voz es cada vez más turbia y dura.

DANIEL J. VARELA

## MEMBRETES

A los preceptistas les sucede con la poesía, lo que a los psicólogos con las mujeres: creen conocerlas tanto que, invariablemente, les ponen los cuernos.

La economía deja de ser repugnante en el manejo del vocabulario.

¡Si buena parte de nuestros poetas se convenciera de que la tartamudez es preferible al plagio!...

Asqueados por la pureza aséptica de cuantos productos se expenden bajo el rótulo de "Poesía", tanto como del uso y el abuso de los filtros y de las retortas donde se elabora, ingeriríamos, con verdadero deleite, un brebaje que — con un dejo a tierra — nos infundiera la cálida ebriedad contaminada y acre de lo viviente.

Llega un momento en que aspiramos a escribir un poco peor.

¿Cómo dejar de admirar la prodigalidad y la perfección con que la mayoría de nuestros poetas logra el prodigio de realizar el vacío absoluto?...

En arte, tanto como en ciencia, hay que buscarle siete patas al gato.

Pensar que todavía pueda repetirse sin cometer un anacronismo, aquello de que "ningún prejuicio más ridículo que el prejuicio de lo sublime".

Hay bienaventurados que nos describen, con una convicción tan minuciosa, las intimidades de la poesía, y nos hablan en un tono tan confidencial de sus muslos, de sus caderas y hasta de sus lunares menos asequibles, que una sola parcela del enorme candor que los habita nos convencería de que no pasa noche sin que la tengan entre sus brazos y la posean. Lástima que al exhibir los engendros que le atribuyen, se evidencie que no la conocen ni de vista y que, en vez de ser ellos quienes han pretendido fecundarla, sea el desleído súcubo de algún Fray Luis de León o de cualquier otro difunto no menos venerable.

"Facilidad igual plagio" axiomatizaba el amigo Diehl, muy graciosamente; a lo que agregaríamos, con toda redundancia: trabajo igual inspiración.

No por demasiado fácil deja de proporcionarnos cierta satisfacción el permitir que se nos confunda.

Ya casi nadie concibe que en ciertas oportunidades prefiramos el whisky; en otras, el agua, y con mucha más frecuencia, el whisky con agua... en algunas ocasiones, con mucho whisky, en otras, con un exceso de agua.

Los críticos olvidan, con demasiada frecuencia, que una cosa es cacarear, otra poner el huevo.

No estaría mal, estaría muy bien, que trasladáramos al plano de la creación, la fervorosa voluptuosidad con que, durante nuestra infancia, rompimos, a pedradas, todos los faroles del vecindario.

Las informaciones más fidedignas sobre el lugar donde se hospeda la poesía nos ofrecen la oportunidad de comprobar, una vez más, que se ha mudado, y que la única forma de conocer su nuevo domicilio es averiguarlo por nuestros propios medios, pues, invariablemente, ella se encuentra donde nadie se lo sospechaba.

En arte, en poesía, nada más importante que el recuerdo, ni más indispensable que saber olvidar.

OLIVERIO GIRONDO

# A LA BUSQUEDA DE MI RAZA

*Creemos que el lector, como nos ocurre a nosotros, se sentirá interesado por las premoniciones, las concordancias y discordancias de lo que se dice en este trabajo y lo que ocurrió durante los diez años de subiguiente ineditos.*

Con la linterna en la mano y las obras completas del Conde de Gobineau, de Hitler, etc., en mis alforjas, yo también he partido a la búsqueda de mi raza. A decir verdad, hasta ahora me lo había pasado muy bien sin ella. Uno fuma su pipa, el tiempo pasa, los años se suceden, cuando, de golpe, Dios os manda un profeta, Hitler, Mussolini, etc. para advertiros, cara a cara, que eso no es suficiente. La cuestión no es ser dichoso, sino tener "clase"... ¡Caramba! De prisa clava uno sus ojos en el reloj, consulta su peinado y, en marcha!

Los indicios son escasos, por cierto. No se ha cuidado siempre, en mi contorno, de inscribir la cosa en el gran libro de asientos, cuando se requereba de amores. Todo cuanto sé de mí a bulto, es que tengo la nariz púnica, el mentón árabe, las mejillas sardas, la pierna española, el pie latino y el corazón griego... Con todo esto... ¿no sé?

—¡Buenos días, abuelito!

Por cuanto, como es natural, yo he comenzado mis visitas "académicas" (tengo aquí que confesarlo) con mi abuelo. Enojado de carnes y bien erguido aún a pesar de sus 80 años, trabaja su viña envuelto en zig-zag, a lo San Miguel, en una vieja hopalanda de paño estrellado.

—Entonces, abuelito, ¿ya exterminó el gusano? le pregunto.

—No me habléis de eso, replica al cabo de un largo rato, mientras limpia conscientemente sus tijeras de podar con el índice. Con esta maldita crisis, no se extermina el gusano así no más. En tiempos de mi pobre Catalina...

—No tan pobre que se diga...

Posa sobre mí dos ojillos bien lisos como huevos de pájaro, con los que largamente me tantea la segunda intención.

—Comprender algo, tú, de esta crisis?

—Pero, abuelito, esto es simplemente una cuestión de raza. Parece ser que el pobre mundo se ha ido bastardeando poco a poco, la sangre degenera, el genio se pone bíaco; en una palabra tórnase uno en poroto enano, sin saberlo. Hay ases en Alemania y en Rusia que así lo dicen... Parece ser que es preciso volver a robustecerlo todo reencuentrar el tipo puro en el batiburrillo de nuestras entrañas; volverse decididamente Adán. Entonces verás cómo, bien cargado de savia nueva, el viejo árbol humano te mandará la crisis a los diablos, de un papirotazo...

Soñoliento, mueve mi abuelo de un lado al otro su cabeza y murmura:

—¡Nos volveríamos todos locos! En mis tiempos...

—Sí, en su tiempo, la raza era sólida, ota.

—A fe mía... —Y calla misteriosamente, cerrando los ojos.

Más no crejo yo en mi intento y pronigo:

—¿Dónde encontró usted mujer, abuelito?

—¡En el agua!, se lanza diciendo, con una repentina alegría que le desabotona todas las arrugas... (Ya está, picó bien). Cierra ceremoniosamente sus tijeras, las vuelve a colocar en la vaina. Con las cejas fruncidas en block observa un instante el viento. Se distiende y, abriendo ampliamente las palmas de sus manos, comienza su relato:

—Era yo un altivo cazador en mi época. Es bueno reconocer que en cuestión de caza, era entonces el tiempo propicio. Estaba yo en acecho una mañana en el pasaje del Almendro... Había nevado y el frío del amanecer se nos metía en las orejas, en los zapatos, en las ideas... El arroyo chachareaba sobre los guijarros... La última estrella volvíase a su gazapera, cuando de pronto, ¿qué oigo? Una especie de gorjeo, o de paternoster o de sobajamiento, haciendo muchas eses... todo, con largas pausas y extrañas pausas... ¿Algún zorro, un jabalí?, pensé. Pero aquello no se parecía a nada. Era algo como un serrucho que aserraba el agua... Y venía precisamente del arroyo... Yo me introduje con maña en el lugar, clavé un ojo por encima de la escarpa y, adivina, ¿quién?... Era Antonieta que lavaba su ropa antes de la hora de costumbre, a poco de saltar de la cama...

Y yo que me aprestaba a enviarle perdigones en el ala... Ah!, la linda farsa! Me acerqué todavía más, con paso de lobo y, tac! con mi mano le tapé los ojos: ¿Cu-Cu?... Oh, la la! El miedo la volcó patas arriba, estalló como una tripa, un barullo de zagaleros haciendo agua me arrastró y partió también mi fusil en la aventura. Un escándalo monstruoso se tragó el cielo; el horizonte zombó, la liebre escapó de su madriguera y Antonieta y yo chapoteamos, a cual mejor, en la melaza helada, ansiosos, rústicos, abrazados y retozones.

Tres meses más tarde nos hablamos casado...

—Siempre ol decir, abuelito, que ella era una mujer de ataque. ¿No estaba ella marcada por la viruela y no tenía el tinte un tanto más oscuro que de costumbre? Una gota de España, vamos!

—Oh, de España y de Mauritania... Su madre había nacido en Túnez, de un buhonero griego y de una morenilla. El Líbano entraba en la familia, y la Sicilia, y el Mar Negro también... Pero la rama paterna era originaria del Perigord, creo. Y después, toda otra huella se pierde.

—¡Qué diablos! es que esto ya es mucho. Piense, abuelito, que tiene una gota de sangre subordinada a Mussolini, otra gota bajo la obediencia de Stalin... El Rey de Inglaterra, por Malta, os reivindica una oreja, un nervio, una ceja... Tiene que pagar impuesto a Mustafá por su pie derecho, a Venizelos por el izquierdo... Y en caso de movilización, son quince los uniformes que recibirá. ¡Afortunado!

"Y después, toda otra huella se pierde"...

Regresando a casa, yo imaginaba ese *se man's land* donde todo se desvanece... Hubiérame agrado desmontar un poco la selva virgen y, como Pulgarcito, dar con los granos de trigo. Todo eso ronroneaba en mi cabeza. Y me dormí, geográficamente. ¿Soñaba acaso?

El manantial maúlla bajo las aguas del chubasco, y la mujer, con las faldas pegadas de sonlayo hasta el muslo izquierdo, paso a paso atraviesa el agua, nerviosa. Tiene la nariz aplastada por un saco de dátiles. El trueno alféjase de bracerío con el rayo. La mujer coloca sus chicuelos en los sacos y riase del más allá.

Sigámoslo a uno con el catalejo y lo veremos andar, soldado de color, cimitarra y caballo, echando bofes, por mil países más andaluces los unos que los otros... ¡Mira, mira! Ha tomado mujer blanca; labra la colina gala con su nariz roma, y de la cadena de su reloj pende el hijo de la suerte...

Agua que corre y serpiente que huye, se me escapaban frecuentemente de los dedos. Los tomaba por la cola. Sigamos a la serpiente, pensaba yo, ya que está en el origen de todo. Pero había tantas curvas como serpientes. ¡Venenosas cuestiones! ¿Mil serpientes entrelazadas hacen acaso la más bella criatura del mundo? Cola de pescado...

Dios, como Ford, fabrica en serie, en su usina azul llena de frentes, de ojos y de pies, de toda especie. Pero un buen día se embriaga y lo veis encajonando manos latinas con talones árabes y cabellos motudos con mejillas lisas. Todo eso compone chuscos Arlequines que llamamos franceses, alemanes, turcos...

Con un poco de paciencia —pensaba yo— sería un lindo juego (caramba) colocar cada tibia, cada ceja, en su lugar.

¿Nombré mi abuelo el Perigord? Allí la granja está orillada de castaños y el hocio de los cerdos encuéntrase a sus anchas con las encinas y las bellotas. El cielo no es de seda allí, sino de lana. Y la tierra firme, literalmente.

Es yendo a recoger los huevos que la granjera dió a luz aquel bello blondo. Una tropa de lanquenes había pasado por la comarca hacía algo así como treinta y seis semanas. Oro en la cabeza, como cuando ha llovido. El bastardillo aquel creció en diablo, casóse joven con la bohemía, hizo aún de las suyas y, en fin, de cuarterón en cuarterón, os presento a mi bisabuelo de Koenisberg, si gustáis conocerle...

De rato en rato despertábame para caer nuevamente en el sueño con más ganas. Rodaban los trenes con las ruedas en el aire, lo que centuplicaba su velocidad. Yo pasaba de Roma a Moscú, con la misma maestría con que Franklin Roosevelt, con la espalda izquierda levantada sobre su muleta mágica y con las fiscomías del Fausto, hace de titiritero con los viejos ídolos de la Razón y del Oro, ante un patio de momias.

Imaginad el éxtasis de esta retahíla de profesores miopes, ebrios de soledad, repentinamente ascendidos al grado de demiurgos. Dioses ambulantes, jugando a la Creación con 150 millones de quintales de carne humana. ¡Y tan fácil que resulta! Basta con negar los pies, la cara y el estómago, para que los hombre os salten al corazón. Los Dictadores se intitulan revolucionarios y los zorros gallinas, simplemente. Más las cosas valsan, más el ojo duerme. Me extrañaba que no se decapitaran todas las cabezas para emplazarlas luego del revés. Así, al menos, verían mejor...

Pero heme ahí delante de Mussolini...

Yo he soñado siempre en una especie de diálogo con los dos o tres hombres absolutamente capaces de decir la verdad como la ametralladora; tac, tac, tac... Dos o tres: Einstein, Freud, Céline, Neyrac... Donde pisan esos Atilas, la hierba humana no vuelve a crecer!

Y en cuanto a las entrevistas imaginarias, hay que convenir conmigo que son más verdaderas que la verdad...

—Cómo, ¿os habéis cortado la barba?

—.....

—Sí, ¡la barba de Balbo!

Mussolini es un hombre que tiene su secreto. Y peor aún, que lo oculta.

—¿Y?... ¿Para cuándo esa guerra?, inquiríle a boca de jarro.

Mussolini sólo sería un niño si no llevara en su cabeza la idea de la guerra como una corona.

—Sí, sí, sí, continuaba yo a tambor batiente. Echad una mirada sobre el mapa. Italia no es otra cosa que el centro de un mar. La llave de Roma está en Cartago y su ala en Estambul. Túnez, Mallorca, Suez, Salónica y Zara, son los cinco dedos de vuestra mano. Y sólo es en Constantinopla, ex-capital del Imperio Romano, donde seréis Alejandro. ¡El mapa ordena!

El Duce me miraba sombríamente, con su pupila toda cargada de misterio y de porvenir, como si yo fuera no sé qué ardilla atropellada, calda sin permiso del Arbol de la Ciencia...

—La política... comenzó diciendo...

—La política es cuestión de partera, señor. Agazrotar, flirtear, hacer parir los pueblos sus pulgas... Sócrates es una niña. Pero vos...! Ni os imaginábais (¿eh?) entonces que un pobre idiota como yo, desde su poebrito natal, cascando nueces, os hundiría el hocio hasta los huesos y os sacaría el gusano del cráneo como de una nuez...

—¿Cómo se me detesta!

—Yo os admiro, como el junco admira al águila y os amo por afididura. Bien os imaginábais que entre Soubise que me defiende y Malborough que me me ataca, entre el balumbo y el emperador, yo se elegir... Vamos, vamos, ¿vamos?... ¿Para cuándo?

El Duce levantó los hombros como un buen jugador.

—La guerra hoy es imposible. ¡No hay dinero!

—No os aferréis a eso, protestaba yo. La idea prima al dinero. En vez de plegarias a la Ciencia, utilizad el hombre. Sólo le transvasaríais algunas gotas de ingre, para dejarlo luego en paz con la muerte. ¿Y los cadáveres, entonces? ¿No os dais cuenta que ellos reclaman también su servicio? El abastecimiento es una antigualla. Un héroe moderno nutre a sus ejércitos con su campo de batalla.

Me desperté a nado y atontado. Entremecidos en mi lecho; un pie en el sueño y el otro en el ensueño, esa sensación de guerra se me adentraba como un hormiguero. Había desmoronamientos por todas partes; se producía una cruzada; un levantamiento de la conciencia universal contra las corridas de toros! ¡Abajo España!

Se derribaban con llantos de alegría y se mandaban de nuevo las bestias a los prados. Pero los indígenas se insubordinaban con tenacidad. Fue preciso masacrar a tres millones de hombres para salvar a cuarenta toros. ¡Dios así lo dispone!

Por mi parte, yo descubí en un rincón a una viejecita, — cofia violeta y medias rojas — que se lamentaba sobre su borriquillo. "Se me llevaron la burra", suspiraba, llorando en seco. La extraña bestezuela volvía por todos los lados sus ojos soleados, como para dar con el hito. Paraba chuscamente la oreja; rascábase las nalgas con el vaso y relinchaba minúsculamente... Una mosquita de pocos instantes posóse sobre su lomo como un lunar. Un mulo mascullaba una avellana. ¿Dónde?... Los naranjos pendían del cielo. Un pájaro de un centavo, sobre una brizna de espino blanco, cantaba su corazón de un milímetro, cuando de pronto, la buena hembra que había en aquella mujer, desató su improvisado jubón e, inclinándose sobre el borriquillo con una línea inaudita, dióle el pecho.

Entonces comprendí que mi "raza" era simplemente esa paisana, aquel pájaro, este borriquillo.

Pieusse (AUDE), Septiembre 1934.

JOSEPH DELTEIL.

Versión de LZD.G.

De tiempo en tiempo despertábame un poco, de a medias, de a tres cuartos...

# TIERRAS DE LA MEMORIA

(FRAGMENTO)

TENGO ganas de creer que empecé a conocer la vida a las nueve de la mañana en un vagón de ferrocarril. Yo ya tenía 23 años. Mi padre me había acompañado a la estación y en el momento de subir al tren nos venía a recibir un desconocido que me preguntó:

—¿Ud. es el pianista?

—Es verdad.

—Lo saqué por la pinta. Yo soy el "Mandolión".

Mientras íbamos entreverando las explicaciones, mi padre — que era un poco más lento que yo — lo miraba fijo a través de sus lentes que le agradaban los ojos; y también tenía abierta la boca porque le iba a decir algo; pero tocaron el pito y no tuvo más tiempo que abrazarme.

El Mandolión sentó lentamente su cuerpo que había engordado dentro de una piel amarillenta y dura: parecía hinchado como un animal muerto. En la cintura, donde terminaba el pantalón y empezaba el chaleco, tenía desbordada la camisa blanca como si se hubiera puesto un salva-vidas.

Me empecé a hablar del "Violín". El Violín vivía en la ciudad a donde nos dirigíamos y allí nos había conseguido el trabajo.

Yo pensaba en lo que mi padre le hubiera querido decir al Mandolión: lo había envuelto en el compromiso de una protección hacia mí. Pero yo no podía imaginarme ningún entendimiento con este animal joven, que no dejaría salir ninguna idea sin la condición de dar una vuelta corta y volver a él, trayendo algo para engordar. Tal vez hubiera conformado a mi padre diciéndole: "Sí, pierda cuidado" — y arrugaría un labio, lo indispensable apenas, para dar entrada a un pucho; — y en seguida hubiera vuelto a hablar del Violín. Esta idea suya — que parecía estar sentada en la córnea de sus ojos grandes y tan tranquilos como los de un buey, — estaría esperando el momento de encontrarse con el violinista; entonces la idea se sentaría cerca de éste y esperaría que el Violín hablara con el dueño del café donde íbamos a tocar. Y allí, cerca del dueño, la idea se sentaría tres meses, — el plazo del contrato, — y durante este tiempo trataría de convencer al patrón de que alargara el contrato y aumentara el sueldo.

Al principio de la conversación yo había tenido cuidado de que él no viera los alargados y débiles filamentos de la melaza que yo sentía al irme despegando de Montevideo. Me mareaba la angustia, el ruido del ferrocarril, los grises de las casas rayados por la velocidad en la placa de la ventanilla y el pensamiento de lo que dejaba en Montevideo: mi mujer, que estaba en la mitad de una pesada espera.

Un pie del Mandolión había reventado el cordón de un pobre botín amarillo que estaba con la lengua afuera. El pie descansaba colocado encima de cajas del "mandolión" (instrumento). De pronto el pie salió de la caja. Después el Mandolión (hombre) sacó de la caja el "mandolión" (instrumento) y se puso a tocar.

Íbamos en primera. Yo no quería mirar la cara de los pasajeros. El Mandolión lamentaba que el dueño del café no hubiera mandado a la "Asociación de Pianistas" — donde se había contratado el trabajo, — el importe del pasaje en vez de los boletos. El habría sacado boleto de segunda y se hubiera guardado la diferencia. — Yo también lo habría deseado, porque así él no estaría tocando el bandedón en primera.

Al rato me preguntó si yo sabía algo de "mandolión". Entonces quiso enseñarme: "cerrando, eran unas notas; y abriendo otras". Tuve que decirle que estaba mareado. Por suerte aquellas manos empezaron a guardar todo de nuevo. Parecían guantes hechos de piel humana y rellenos con

carne que hubieran apretado mucho, hasta que los dedos quedaran separados. Eran muy pobres en movimientos: hacían los más indispensables, por el camino más corto y empleando el mayor tiempo posible. Mientras preparaban el "mandolión" para guardarlo, los dedos pasaban duros, lentos y rechonchos por encima de las pequeñas flores y dibujos nacarados que estaban incrustados en la madera negra de aquel instrumento. Después, antes de cerrar la tapa del estuche, las manos cubrían el "mandolión" con un paño, también negro y también scribillado de flores y dibujos hechos con hilo de crochet. Tal vez aquel instrumento fuera el lujo de su vida y mirara con agrado las flores que lo cubrían. Tal vez, en seguida de entregarse a ese agrado, reaccionaría con el pudor que sienten esa especie de brutos ante cosas delicadas; tal vez en su cabeza se formaría la palabra "fantasías"; y si estaba con algún otro compinche pensaría "cosas para las mujeres": tal vez, poniéndose irónico y con un pedazo de sonrisa en que el labio rodearía al pucho como un festón, intentara hacer un movimiento con aquellos dedos para indicar algo superfluo. El pensaría que sus dedos habrían hecho algunas ondulaciones; pero apenas se moverían con una oscilación torpe y como si fueran enterizos; tal vez, si aquellos dedos tomaran un lápiz traspasarían en el esfuerzo de apretarlo y harían números y letras repugnantes.

Aunque yo no quisiera, aquel ser que tenía frente a mí y a medio metro de distancia, seguiría existiendo durante las ocho horas que duraría el viaje. Yo tenía la mala condición o la debilidad de no poder aislarme del todo, de las personas que me rodeaban. Al tenerlas cerca no podía evitar el trabajo de imaginar lo que ellas pensarían. Ellas, con su manera de sentir sus vidas, entraban un poco en la mía y según fuera la calidad de esas personas, así sería el sentido que tomarían los instantes que yo vivía junto a ellas. Entonces no me podía entregar delante del Mandolión, a pensar en lo que deseaba. Y además sentía dos fastidios: uno, porque hubiera preferido la muerte antes que él descubriera mis pensamientos en mi cara entregada; y otro por tener que defender mi cara, como si ella fuera una mujer dormida y desnuda. Y todavía, — pensando con la condición de aquel bruto, — mi pudor parecería femenino y su brutalidad masculina.

Cuando el ferrocarril cruzó la calle Capurro, levantó un recuerdo de mi infancia. Pero como en ese momento me habló el Mandolión, el recuerdo se apagó. Al rato sentí la desconformidad de algo que no había cumplido; y en seguida me di cuenta de que me tiraba del saco para que lo atendiera de nuevo, el recuerdo infantil de la calle Capurro. Las agujas blancas que había visto ahora, eran distintas; y ya no estaba la pequeña casilla de madera cubierta de enredaderas, donde vivía, como una familia de arañas, el negro guardaaguas con todos los suyos. (Una vez el negro bajó las agujas cuando el tranvía no había terminado de cruzar. El tranvía quedó encerrado en la boca-calle en el momento que venía el ferrocarril. El conductor dió toda la marcha, rompió la aguja que tenía delante y algunos pasajeros, con la emoción de haberse salvado, abrazaban al conductor y le daban dinero.)

Cuando yo tenía once años pasaba todos los días por aquel lugar; y a pocos metros de la vía, entraba en la casa de dos maestras francesas. Pero antes de cruzar la vía me gustaba pararme a mirar los rieles; los cuatro rieles de las dos vías hacían una curva muy suave antes de perderse detrás de un cerco. Y mientras tanto los rieles esperaban, con su lomo al sol, que les pasaran por encima los monstruos egoístas del ferro-carril, que siempre iban

pensando en la dirección que llevaban. Después, los rieles volvían a brillar ante la admiración de todas las gramillas que tan apaciblemente vivían rodeándolos.

Las dos maestras francesas eran hermanas y huérfanas; habían llegado a Montevideo, jóvenes. Además de tener una escuela del Estado, daban clases particulares. Yo me encontraba en la casa de ellas con muchachas que estudiaban para maestras. La menor de las hermanas tenía una manera muy querida de llevar para todos lados su cuerpo alto; y un descuido lleno de ternura en su manera de ser gorda. Cuando los pies le habían traído el cuerpo cerca de mi silla y ella me obligaba a mirarla, levantándose la cabeza con un dedo que enganchaba suavemente en mi barbilla, mis ojos la miraban como a una catedral. Y cuando ella dejaba caer mi cabeza para que yo pensara en los deberes que no había hecho, mis ojos veían muy de cerca el tejido de la tela de su pollera gris en la disimulada montaña de su abdomen. La Menor era casi joven. Yo había oído decir que no podía tener novio porque entonces la hermana mayor se tiraría a un pozo. La Mayor hablaba siempre muy bajo; pero los demás tenían que hablarle muy fuerte; además ella ponía la mano detrás de la oreja, se inclinaba muy hacia adelante y arrugaba toda la cara de una manera muy angustiosa: parecía que sintiera dolor de oír. Su poca voz tardaba en llegar a la superficie como si tuviera que sacarla de un pozo con una bomba. El que oía también hacía fuerza y sentía atragantarse la poca voz antes de salir. Entonces, mientras hablaba, uno le podía perdonar que se le escaparan pequeños globitos de saliva.

Si alguna vez, al entrar en aquella casa yo encontraba en el primer patio a la Mayor, pensaba que un pedazo del fondo de la casa había venido hacia el frente. Si cuando estaba hablando con la Menor llegaba la Mayor y empezaba a bombar su poca voz, yo pensaba en el fondo del pasado de aquella familia. Si la Mayor cruzaba por algún lugar donde había sol, yo sentía que un rincón sombreado de la casa y del pasado, había cruzado sin querer por la luz.

Aquella casa era de doble fondo. El raguán desembocaba en un primer patio. Siguiendo por un corredor se desembocaba en un segundo patio, que era el primer fondo y estaba rodeado por otro corredor. Allí vivían muchas plantas calladas y ciegas; pero en verano, cuando se movían un poco, yo las veía tantear el aire y me hacían sonreír. Desde aquel segundo patio se veía el segundo fondo, que estaba lleno de yuyos altos y árboles bajos. Los dos fondos estaban separados por un alambre de tejido y un portoncito desvencijado. Para abrirlo había que darle muchos empujones; entonces parecía que él daba pasos cortos y los arrastraba muy pegados a la tierra. Un día lo rompió una chiquillina que tendría mi edad. Había tenido que abrirlo apresuradamente porque yo la venía corriendo. La chiquillina había sido criada por las maestras. Esa tarde las maestras no estaban y yo debía esperarlas. Ellas no vinieron. Yo tuve mucho tiempo para perseguir a mi compañera en aquella casa solitaria. Pero cuando corríamos entre los yuyos altos y los árboles bajos yo me caí y me ensució de verde una pierna del pantalón, que era blanco. Lavé la mancha con jabón; era difícil frotarla con el pantalón puesto. Después mi compañera, para disimular la mancha y el lavado, me puso almidón y albayalde. En casa vieron aquella plasta y se rieron; pero no dijeron nada.

En la parte izquierda del primer fondo, había una puerta por donde aparecía casi siempre la Mayor. Cuando la

puerta estaba cerrada y yo sabía que no había nadie detrás de ella — como en la tarde que corría a mi compañera, — la puerta no tenía mucha importancia; pero cuando estaba cerrada y yo sabía que en la habitación estaba la Mayor, con seguridad que la puerta tenía otra expresión. Era como la cara inmóvil de una cabeza que adentro tiene pensamientos que se están haciendo y uno no sabe cómo serán. A veces sentía resonar sus pasos dentro de la habitación; tal vez se estaría vistiendo; y si por la puerta entreabierta veía pasar algún trapo blanco o un pedazo de hombre desnudo, me acordaba de su boca entreabierta en el instante en que le brillaban los dientes y las gotitas de saliva.

Una pequeña pieza que había al frente y que daba al primer patio, era el escritorio. Esa pieza la habían llenado con dos escritorios y dos bibliotecas. A mí no me gustaba que la Menor fuera dueña de aquellos escritorios, que eran cosas de hombres serios. Le perdonaba que mandara; pero no que tuviera esos escritorios. Nunca he encontrado una persona que mandara con más encanto. En seguida que se enojaba o decía una cosa con alguna agitación, se ponía colorada, retenía sus palabras y quedaba llena de la más responsable prudencia; y para que su persona no tuviera ninguna incorrección, se llevaba la mano derecha a una abertura que siempre tenía su pollera gris en el costado. Sus dedos eran los únicos broches, de manera que si los sacaba, volvía a insistir la espiga blanca que hacía la enagua, cuando se abría la pollera gris.

En la pieza de los escritorios, la Menor daba clase a una señorita rubia que usaba la cabeza inclinada hacia adelante; fue ella la primera persona que me llamó la atención por la forma de sus córneas. Estas eran muy distintas a las del Mandolín; las del Mandolín parecían sucias de nicotina y de hilillos del tabaco. También aparecían sucios sus ojos, como si en ellos hubieran revuelto unos cuantos colores oscuros. Las córneas de la señorita rubia eran como globos terríqueos recién comprados; y daba gusto mirar el país azul del iris, con su capital en el centro, que era una niña muy grande. Una vez que yo estaba muy cerca de sus niñas vi reflejarse en ellas una lámpara portátil — la bombita era sostenida por una mujer de bronce bastante desnuda. — Yo no sabía si aquella señorita era delicada por afectación o era delicada por enfermedad. Tenía uñas muy largas y movía las manos y los dedos como si temiera que le dolieran. Los abultamientos sensibles de las yemas sabían que serían los primeros en tocar una superficie; y parecían tan delicados como las córneas. Los dedos aterraban sobre el verde de un papel secote que había en el escritorio; se posaban inclinados, y las yemas quedaban mucho rato ocultas bajo las uñas.

Una vez que esa señorita daba una lección en que explicaba cómo se debía acomodar una habitación, dijo que al costado de la cama de matrimonio debía haber un par de zapatillas. Ella y la maestra se miraron, sonrieron y yo me quedé mucho tiempo intrigado.

En una parte del segundo patio (primer fondo) había una mesa redonda que se llenaba de discípulas. Todas eran muchachas mayores que yo. La Menor se sentaba en un sillón y daba clase. Había una muchacha de luto que no usaba polvos y era muy atrevida: daba la lección apoyando un codo en la mesa y la mano en la cara. En los momentos de no recordar la lección se ponía la mano en la frente, como si tuviera dolor de cabeza y bajaba los ojos porque la mirada le caía sobre la falda, donde nosotros sabíamos que tenía un libro abierto. Una tarde la maestra le dijo que no mirara el libro. Yo me asusté, la muchacha negó. La maestra le dijo que se parara. La muchacha obedeció instantáneamente y separó los brazos del cuerpo para demostrar que no tenía ningún libro. Tampoco se sintió caer nada en el suelo. Todos nos quedamos extrañados. La chiquilina que tendría mi edad, apa-

reció en la puerta de la cocina pinchándose la nariz con un tenedor. En un momento en que la maestra tuvo que salir de allí, otra muchacha (esa sí, que se empolvaba en grande; y los pelos del bigotito aparecían entre los polvos como pinchos de pinos entre la arena de los médanos; era del Cerro; una vez la corrió un toro y ella para poder disparar tuvo que levantarse su angosta pollera hasta la cintura) le preguntó a la del libro cómo había hecho y la otra nos explicó: En el momento de pararse, cerró y apretó el libro entre los muslos; la maestra no podía verlo porque estaba del otro lado de la mesa. La chiquilina que tendría mi edad, todavía estaba pinchándose, como si nos hiciera una cuarta de nariz con los dedos del tenedor.

Un día, cuando recién empezaba la tarde, yo iba cruzando la vía y me salió al paso un negrito, hijo del guardaaguas. El peleaba a menudo, tenía el instinto de la calle y se había dado cuenta de que yo le tenía miedo. Aquella tarde se me vino encima; yo no tuve más tiempo que ponerle mi cartera de los útiles como escudo y disparar hasta la casa de las maestras.

En la lección empecé a pensar con ejercicios de aritmética, cosa que nunca sabía. La Menor me tomaba la lección y sus brazos desnudos descansaban en los del sillón. Yo explicaba: "Después de un décimo se dice: un once avos, un doce avos, un trece avos". — Como sabía poco, alargaba los ejemplos: — "Un catorce avos..." Y recién cuando la maestra me dijo: "¿Hasta cuándo?" yo agregué: "Y así sucesivamente".

Llamaron a la puerta. Salió la maestra, con los dedos abrochándose el costado de la pollera. Hablaba con la puerta de la calle entreabierta y con alguna agitación. Yo alcancé a ver el casco de un guardia civil y pensé en el negrito de la vía; pero como yo había disparado, tuve la única tranquilidad de conciencia que puede tener un robarde: la de no haber hecho nada a su agrasor. Oí que la maestra decía en voz alta: "Qué esperanzas, yo no permito, es de muy buena familia". Vino muy colorada y no traía los dedos en la pollera.

—¿Qué pasó con el negrito?

—El quiso pegarme... mi mamá siempre me encarga que no pelee... y entonces yo me vine corriendo.

Sufrió. De buena gana hubiera deseado tener valor.

—¿Cómo te atreves a mentirme!

—Es verdad, señorita.

—Pero si vino el guardia civil a buscarte con el padre del negrito porque tú le emagrentaste las narices al hijo.

—Señorita, yo disparé.

—Dice que le pegaste con la cartera.

Junto con el asombro, me empecé a brotar un extraño coraje, como si se me repartiera por todo el cuerpo el efecto de un licor fuerte que me cambiara el sentido de las cosas. Me venía la idea de apoderarme de algo, con un sentimiento de posible dominio. Miraba las plantas y el brazo blanco de la maestra como de paso, con poca precisión del detalle; pero las cosas abultaban en un aire espeso y jugoso. Los colores de los objetos no calzaban muy justos dentro de los contornos. Sentía una voracidad dispuesta a manotear las cosas en un desorden dichoso. Me hubiera animado hasta a dejar de lado la honestidad, si era necesario, y no sabía si yo llegaría a ser hidalgo o pirata. Es cierto que aquel éxito no me correspondía; pero ensayaría, por todos los medios, de pegar con mis propios puños.

Aquella borrachera se me pasó pronto. Tarde mucho tiempo en realizar el ensayo de pelear. El negrito no se metió más conmigo; aunque un día vino a alcanzarme y me pidió un vistón.

Yo quería a mi maestra y le estaba agradecido porque me había librado de la comisaría; pero en el instante en que ella daba vuelta la cabeza, yo no podía dejar de pasarle mis ojos por sus brazos desnudos.

Una noche, después de haber hecho los deberes, leía un libro en que un bandolero iba por un camino de abedules. Yo no sabía qué eran abedules, pero suponía que fueran plantas. Había dejado de leer porque tenía mucho sueño, pero iba para la cama con la palabra *abedules* en los labios. Después de acostado, pensaba en cómo haberlo hecho para ponerle nombres a las cosas. No sabía si les habrían buscado nombres para después poder acordarse de ellas cuando ellas no estuvieran presentes, o si les habrían tenido que adivinar los nombres que ellas tendrían antes que las conocieran. También pudiera haber sido que las gentes de antes ya tuvieran nombres pensados y después los repartieran entre las cosas. Si fuera así, yo le hubiera puesto el nombre de abedules a las caricias que se hicieran en un brazo blanco: *abé* sería la parte abultada del brazo blanco y los *dules* serían los dedos que lo acariciaban. Entonces prendí la luz, saqué de la cartera el cuaderno y el lápiz y escribí: "Yo quiero hacerle *abedules* a mi maestra". Después saqué la goma, borré y apagué la luz. Al otro día la maestra arrugaba las cejas sobre algo que yo había escrito; y era porque la frase que yo había compuesto la noche anterior, no estaba bien borrada; entonces ella leía al mismo tiempo que preguntaba: "¿Yo quiero hacerle, qué a mi maestra?" Luchó un rato para sacarme la palabra, *abedules*; pero cuando quiso saber por qué la había puesto, me empaqué y ella tuvo que desistir. Entonces dijo: "¿Qué niño más raro, éste!"

Una tarde empecé a imaginar lo que ocurriría si yo le acariciara un brazo a mi maestra y estuve muy cerca de hacerlo; pero después pensé que hubiera sido más fácil ensayar una pelea con los puños que acariciar a la maestra con los dedos.

La última vez que la vi, ella estaba muy linda. Fue en la Universidad, cuando yo iba a dar examen de ingreso. Ella sufrió mucho, pobre, porque antes del examen me preguntó: "¿Cuántos gramos tiene un kilo?" y yo, con mucha mala suerte, elegí para contestarle el número 6. (Después ella se lo dijo a mi madre, en una carta muy apenada).

No tuve necesidad de dar el examen oral. Casualmente, fue el primero cuando nombraron los eliminados del escrito. Mi padre me había comprado unas cuantas corbatas para regalármelas si salía; y tuvo que dárme las para consolarme de la vergüenza. Recuerdo el momento en que me las entregó: yo lloraba montado en un baúl que estaba detrás de una cortina.

En el momento que yo despertaba de mis recuerdos, el Mandolín dormía. Cuando llegamos a una estación, dió unos ronquidos más y es posible que haya sido el silencio quien los despertó. Mientras él dormía, no me inspiraba pensamientos desagradables; él tenía la actitud de pertenecer, todavía, a su madre; a cada instante ella diría: "¡Pobre fulanito, cómo se quedó dormido!"

Apenas despierto, se empezó a desesperar cerrando los puños, que se le quedaron pálidos; al estirarse, el salvavidas se le había agrandado; esta vez se dió cuenta y empezó a meterse la camisa entre el pantalón. Después conversamos de cosas sueltas. Me daba trabajo seguirlo porque sus ideas se movían como si estuvieran borrachas: cuando parecía que iba a ir para un lado, doblaban para otro; pero en seguida se daban vuelta; volvían a un mismo sitio y yo no sabía dónde se iban a reunir. Por fin llegué a comprender bien estos conceptos: "Buenos Aires es más importante que Montevideo; Buenos Aires viene a ser la capital de Montevideo".

Al medio día compré bananas. Después de comerse una, quiso abrir la ventanilla para tirar las cáscaras; pero como para abrir la ventanilla necesitaba las dos manos y tenía ocupada una con las cáscaras, resolvió tirarlas al suelo. La ventanilla quedó cerrada; y el botín amarillo empujó con el talón las cáscaras hacia atrás, para esconderlas debajo del asiento.

FELISBERTO HERNÁNDEZ.

# DEL PENSADOR POCO

● No somos *mesetras* todos los buenos ni *ellos* son todos los malos; somos unos pobrecitos todos, equivocaditos, con medio acierto por cada media equivocación.

Además, los lectores que ya nos hemos asegurado tendrán esparcimiento con la sección nueva para corto-lectores del Corto-disparato. El amable y leve corto-saber debe cultivarse en su ágil variedad con la esperanza de generalizar un gusto por lo sustancial leve y un desalajo de sistema o de modalidad del saber pesante y no más seguro de los fanatismos del afirmar, opinar. Hay que atreverse a un franco ignorar lo que todos ignoran.

● Las ganas de dudar hacen inventar las metafísicas (como las ganas de emocionarse con lo que no nos emociona hacen verificar, poemar, para expresar no nuestra emoción sino nuestra impotencia de emocionarnos) pero en metafísica no conseguimos dudar, seguimos tan ciertos como el común mortal: si consiguiéramos dudar (de la Realidad, del Tiempo, del Espacio, de las psiques ajenas, de la voluntariedad de nuestra relación psique-cuerpo, etc.), no viviríamos ni un día, estrellándonos en todo caso y circunstancia. Sabemos muy poco, por eso sufrimos y morimos; conocemos y prevenimos a veces por casualidad, no por causalidad conocida, pues aunque hubiera causalidades fijas el innumerable interferir de innumerables series causales independientes nos impide toda previsión concreta; las previsiones suelen confirmarse por casualidad.

● Para "últimas palabras":

— "Acabate cuento, que me aburro ciento".

— "Con lo Visto Basta".

— "Me sorprende el final y quedaré sin saber si el asunto del existir es con *s* o con *h*".

● ¿Qué haces, Cosmos, estás fenomenando?

● Lo más flaco: la Esperanza Terapéutica. Lo más minúsculo: la Esperanza Estatal, la utilidad del Gobierno. Lo más módico: el Saber (real y útil, no verbal y memorístico) que realmente poseemos y su eficiencia. Lo más necesario, lo que al fin y al cabo acabaremos por tener que usar más y más nos servirá: paciencia, humildad, soportación, mansedumbre.

● Tengo dos inventos que me honran y envejecen:

1º Suprimir el "chantaje" periodístico. ¿Cómo? Con un contra-chantaje y por medio de un periódico también: el diario "El Contra-Chantaje", cuyo procedimiento sería recoger y perpetuar todos los chantajes que han funcionado y se están apagando o se han apagado porque ya está *comiendo* con ellos el periódico de ese chantaje. Sabiendo la víctima que el chantaje continuará en el diario "El Contra-Chantaje" no soltará inútilmente un centavo para cortar el chantaje del otro diario.

2º Cuando los excesos de hipódromos y carreristas pesan demasiado en una situación económica nacional momentáneamente muy pobre — cuando reina abundancia son un esparcimiento, gusto, vicio, como cualquier otro y no debemos meternos con él — fulminar las "Carreras" por el resorte del Ridículo. ¿Cómo? Haciendo correr a 75 km/hora un automóvil a lo largo del alambrado interior, de modo que en su *veloz* desplazarse los caballos parecieran estar marcando el paso, ridículamente, sin avanzar. Creo que este espectáculo mataría en una Risa Total el gusto de ver carreras.

● (A propósito de las distinciones de Klages, Scheler, etc., sobre animal-hombre). La numeralidad de la simultaneidad perceptiva podría ser el criterio de la gradación evolutiva entre la mente animal y la humana; la animal no tiene

más poder de simultaneidad que sobre dos hechos, en tanto que el hombre, aún el de genio, lo más que puede poseer, darse, es la simultaneidad de tres hechos. De este acrecentamiento de la numeralidad de su posibilidad de aprehensión simultánea concienzuda provienen todas las diferencias intelectualísticas entre hombre y animal. Se necesitarían 100.000 años de evolución — suponiendo que exista y tenga un rumbo — para que la conciencia humana llegue a la percepción de simultaneidad cuádruple. Es una medida o criterio — la que digo — como puede haber muchos otros de mensuración de la varia complejidad psíquica: medir el crecimiento en complejidad, en dones, en poderes, de la constitución psíquica.

Percibir simultáneamente la picadura de un mosquito, el deseo de un vaso de agua y el fresco de una zacha de viento ¿es posible? Es posible ver los siete lados de distinto color de un heptágono, pero esto no es una simultaneidad psíquica: es el contenido de una sola pulsación concienzuda. Pero si en lugar de los tres lados de un triángulo se habla de tres acciones de agresión sobre una persona en un instante, o de tres direcciones, distancias y tiempos a calcular por un chófer en la fracción de segundo de inminencia de una colisión, o de tres movimientos de ese chófer en un instante dado para salvar una situación (tocar la bocina, girar el volante, apretar el embrague), entonces habría real simultaneidad.

Probablemente la posibilidad perceptiva es la medida de la acción simultánea: no tenemos más extensa simultaneidad perceptiva porque no tenemos más extensa posibilidad de acción simultánea, o quizá viceversa, pero es bueno anotar que la aptitud para la simultaneidad perceptiva crece con el tono general cenestésico o emocional en intensidad del momento.

Creo que todas las otras diferencias hombre-animal son consecuencias de ese carácter. Una aptitud a una simultaneidad perceptiva más plural que la que tuviéramos para la acción, sería impráctica.

● En las ciudades, y la civilización en general, todo sirve o se sirve con muerte; hasta al hablar por teléfono el teléfono puede matarnos; al abrir una radio para oír música la corriente eléctrica suele matar.

● De nuestros edificios no quedarán las ruinas que dejaron los antiguos; somos menos vanidosos que los antiguos, que hacían casas y obras para durar 1.000 años como tales y 10.000 como ruinas; dejaremos un Pasado no invocable ni evocable. Con el arte constructivo actual, frágil, y sus ruinas frágiles, dentro de algún tiempo los futuros no tendrán pasado.

● Abstracción por la acción. — La acción hace abstracción, como la Inteligencia. Ejemplo: hoy de un movimiento práctico cotidiano no sabía más que la dirección; no sabía para qué; vino la tendencia a ese movimiento en correlación con lo que había precedido psicológicamente (tenía que tomar algo pero sólo me quedó que era hacia el lado de la pared, a la izquierda, en tal posición de acuerdo con el movimiento muscular que tenía que hacer, pero ni para qué ni justamente dónde); extraje una dirección sustancial por abstracción del conjunto de direcciones y movimientos; estaba en ese momento y apareció de repente el complemento del sistema de actos que habían de conducirme a un cierto acto apetecido.

● Soñando me desperté enunciando una melodía muy fúnebre. Y para no olvidarla, me decidí a despertarme del todo y escribirla. Hay que creer que se desahoga el estado emocional: buscó una salida como pudo resolverse por la gesticulación. ¿Por qué el estado emocional tiene necesidad de eso? Y el camino inverso es el trayecto que hay

entre oír la melodía y despertarse en él el mismo estado emocional, o sea que realmente el artista le regala una fórmula que el oidor hubiera tardado en hallar para desahogo de su propia emoción. Se dirá: ¿cómo coinciden dos estructuras cerebrales distintas, la descubridora de la fórmula del desahogo y la del oyente que no conseguía desahogarlo? Coinciden como coinciden el *ay* o el *oh* admirativos o dolorosos. El hombre, todo viviente, tiene siempre miedos latentes y esperanzas latentes, sentidos.

● Se ha de tener cuidado al comprar losos comprarlos con eres, porque sabido es que tienen gusto en nombrar a los Pericos; un loro sin eres y con ganas de nombrar a Perico descuela toda compostura y talante del ceremonial de día de visitas, hace desatenderlo todo en el trabajo y ni aún la pereza puede ser gustada; hay que ser un insensible para poder dormir donde un loro sigue bregando por la ere de Perico.

● Fallas de lo literario. Un percance del fraseo y del tonto redondeo de frases y párrafos: "Cuanto más pienso más creo que...". Es obvio que el que hace asertos los haya creído verdaderos tanto más cuanto más los pensó. Si se quiere significar que se ha pensado mucho la tesis ¿por qué creará el lector que es cierto que lo ha pensado mucho? ¿Por fe en la nobleza y honradez del Autor, o por demostración? En un libro de doctrina, ya se verá probado si pensó o no el autor; todas deben ser demostraciones o, sencillamente, mostraciones en tal fadole de libro; ¿a qué vienen asertos personales biográficos como "desde hace años he pensado"? Otro caso es el del "dígase lo que se quiere". Si esto es ridículo en álgebra debe serlo también en ensayos, doctrina.

● Los vencidos salen muy mejorados en los himnos del victorioso; como toda nación o es Aguila o es León terribles, ninguna quiere haber vencido a un ratón; toda vez que venció venció a un Cóndor o un Tigre.

¿Qué presente no tiene un pasado glorioso, sea o no malo el presente, en punto a Naciones?

● —¿En qué se conoce a un metroólogo?

—En que camina muy apurado.

—¿Cómo?

—Sí, porque salió con paraguas.

—¿Y?

—Y el sol arde.

● Previo un largo vivir se muere con muchísima experiencia instruida; ¿para qué a pocos días del morir y por qué no se nos da la experiencia cuando hay mucho por vivir? Guizot dijo como resultado de largo vivir: "Sé que hay que perdonar pero no olvidar"; esto es lo que había que saber a poco de vivir, no cuando falta poco para no vivir; he aquí lo que resulta del placer de hacer frases. Si Guizot quiso en su vejez enseñar a los que empiezan, éstos antes de aprovechar su lección tendrían que aprender *por experiencia* a creer en lo que dicen los que ya han vivido mucho y esto no se aprende sino después de haber vivido mucho uno mismo. Lo que se aprende con experiencia es insignificante y muy penoso de aprovechar; con vivir mucho lo que se hace no es instruirse sino renunciar deseos y ambiciones y emociones, renuncia que nadie hace sino "a fuerza de dolor", no por instrucción ajena; los escritores aparecemos esperando que otros harán lo que nosotros no supimos aprender de otros sino sólo de los golpes y la "experiencia".

● "La rana cambia de charco pero no de música". (Hay indicios de que este proverbio se inventará pronto).

## Misión de la cultura humanista

LA misión de la Universidad en la vida social moderna es de las más complejas: a su actividad sobretodo está confiado el desarrollo de la cultura superior, el progreso de la investigación científica y la formación de los profesionales e intelectuales.

Tiene que asociar y armonizar entre ellas la formación teórica y la práctica, porque el desenvolvimiento de las aplicaciones útiles a la vida está siempre vinculado y supeditado al desarrollo de la ciencia pura y desinteresada, y reacciona a su vez sobre ésta, ofreciéndole continuamente estímulos, sugerencias y orientaciones fecundas. Así la preparación profesional no puede separarse nunca de la científica, al mismo tiempo que ésta queda vinculada siempre con la experiencia profesional, que le plantea sin cesar nuevos problemas, nuevas exigencias, le ofrece nuevos datos y elementos, que confirman o rectifican o desmienten las construcciones teóricas antecedentes, y contribuyen de esta manera a su perfeccionamiento, a su revisión y renovación continua.

Pero en la formación de los profesionales así como de los científicos se aplica la exigencia de la división del trabajo, es decir de la especialización, imprescindible en la complejidad y extensión enorme de la cultura moderna teórica y práctica. Y esta especialización, sin embargo necesaria, lleva consigo un peligro muy grave, que hablan intuído ya los sabios del siglo XIX: esto es, que así como al fabricante de clavos, por ejemplo, todo el mundo le parece girar alrededor de las cabezas de sus clavos, de igual manera al matemático puro le parece girar alrededor de sus fórmulas algebraicas. Es decir: la especialización tiende a quitar a cada uno la visión general e íntegra del mundo real, a convertir a cada hombre en un fragmento de hombre, que ha perdido la conciencia de su humanidad, de la complejidad de la vida individual y social, de la vinculación recíproca entre todas las actividades especializadas y de su subordinación común al organismo total de la vida y la cultura humana.

En esto estriba la necesidad y la misión de la cultura humanista, cuya tarea fundamental es mantener viva en el hombre la conciencia de su humanidad, en el doble sentido de una esencia humana íntegra y de una vinculación vital con todos los demás hombres y sus actividades especiales en la complejidad de la vida social y el proceso de su desarrollo progresivo.

Esta cultura humanista debe tener una inspiración y orientación profundamente histórica, porque la humanidad se conoce y reconoce a sí misma en la historia, en el proceso de su propia formación y desarrollo. Pero la historia, entendida de esta manera, tiene un carácter y sentido filosófico y se vincula con la filosofía, que quiere dar al hombre la conciencia de sí mismo, de su vida, de su situación en el mundo, de su tarea y misión humana. La comprensión del pasado no es base tan sólo del entendimiento del presente, sino también de la orientación hacia el futuro: es comprensión de una vida y de su desarrollo a través de los siglos, que se convierte en exigencia de una vida ulterior, activa, fecunda, progresiva.

El conocimiento de la historia de la humanidad, de su trabajosa ascensión en el duro camino de la civilización, a través de caídas múltiples y nuevos levantamientos, de experiencias amargas y luchas ásperas y sangrientas, por el anhelo y esfuerzo siempre renacido de una elevación común solidaria, se torna necesidad e impulso de consensos nuevos y progresivos, y forma lo que Lessing ha llamado la "educación del género humano".

Esta educación progresiva, justamente, es la tarea de la cultura humanista, misión particular de una facultad de filosofía y humanidades, y exigencia orientadora de su organización y actuación. Esta tarea implica una vinculación continua con las otras facultades, que al orientar a sus discípulos hacia una especialización particular, cada una, tienen sin embargo todas una necesidad de complementar su obra con enseñanzas y disciplinas filosóficas y humanistas.

Sin duda, la misma facultad de filosofía y humanidades tiene su tarea especial — es decir, la preparación y formación de un cuerpo docente para las escuelas secundarias; pero esta especialización queda más que cualquier otra vinculada con la exigencia de universalidad humana, justamente porque ese cuerpo docente tendrá en la escuela secundaria la misión de dar a sus alumnos una primera formación humanista, apta para fundamentar al mismo tiempo su futuro desarrollo humano y su especialización particular en los estudios superiores y en la vida.

Córdoba, 1944.

RODOLFO MONDOLFO

## El niño en la futura república (\*)

CUANDO una nueva época nos llame, debemos recomenzar por el niño, y construir pensando en él el nuevo Estado. Porque ahora, aún en aquellos países donde los gobernantes parecen tener justificadas sus palabras pretenciosas, el niño aparece, por millares, desposeído y con hambre; tirado como deshecho de un proceso antinacional, sin hogar y sin escuela.

Pensando en la condición social del niño, he dicho siempre a los universitarios que han bregado por reformar nuestras universidades, para que ellas tengan latido nacional y continental, que su lucha si es consciente conduce a toda la lucha, porque la reforma de la universidad exige la reforma política, y no podrá emanciparse con propio integral sentido, ni la universidad ni la educación en general, sin que la nación se emancipe en su pueblo. Siendo la reforma, pedagógica y culturalmente una reivindicación de las condiciones de libertad de quien se educa, todo el problema de la libertad entra en juego para darle satisfacción. No consiste en reorganizar el trabajo educativo en vista de la libertad existente, sino que consiste en la no existente libertad.

Así, la necesaria remoción de las estructuras y orientaciones de las universidades, para que se identifiquen con el país, para que las sucesivas promociones de graduados hoy sin ideal nacional no busquen en el título profesional sólo la satisfacción de su propia comodidad; la remoción que conduzca al cese de un tipo educativo que no prepara a los graduados siquiera para resistir, en la acción ulterior, las sollicitaciones inmorales de los intereses mercantiles; la que haga desaparecer ese tipo de profesor, ejemplo desenfadado de una servidumbre a intereses contrarios al país y a su pueblo, y levante una Universidad reconstruída, donde el espíritu de investigación de las verdades científicas se una al espíritu de servicio humano, que para nuestra responsabilidad se refiere a este palmo de tierra y a esta hora de historia; esa remoción sólo se plantea en su terreno natural, directo y fecundo, si hacemos del niño el eje del deber social, por lo mismo que el niño está en la base de toda construcción o renovación escolar y nacional posibles.

Pedagógicamente no es concebible llegar al adulto sin niñez ni adolescencia, ni la idoneidad tiene otro camino que tal niñez y tal adolescencia. Una reforma coquisadora de la educación no scripta que salgan adultos extraños a sí mismos, único modo a la vez de que al frente de la nación no haya nacionales extraños a ella. Necesita al contrario preocupación y respeto por el niño y por el pueblo, en grado de criaturas de propio carácter, de intransferible cultura y destino. ¿Pero estos principios de renovación tendrán valor si no sirven al pueblo todo? ¿Para quiénes levantamos o reformamos la escuela? ¿No resulta ofensivo considerar sujeto de aplicación pedagógica al niño pobre, que apenas alcanza a sostener su cuerpo?

Nuestros Estados tienen como propósito, si responden a su origen y a la índole de nuestros pueblos, una idea histórica humana, que los distingue de los orígenes y de la índole histórica de los Estados europeos. No se trata aquí del Estado de conquista, del tipo de Estado predatorio dentro y fuera, sino del Estado Llano y Humano; de su primera posibilidad en la aventura del hombre. Por eso la cultura es su objetivo esencial; la cul-

tura como formación del hombre, como formación del hombre en el pueblo. Y siendo la cultura la función primordial del Estado, la educación no puede estar subordinada a los motivos de la economía o de la organización social, sino por el contrario, estos órdenes ser los medios para conseguir el fin cultural: el de la formación de la personalidad popular como entidad de la vida universal, conforme al sentido e ideal sacados de su entraña, libremente.

La política como gran escuela; la escuela como gran política. Estado y Cultura han sido definidos como lo externo y lo interno del Estado docente; como la forma y la sustancia de la esencial cuestión del hombre libre y justo. La Escuela no se nutre de sí misma ni agota el acto educativo. Así la nación no sólo debe crear los órganos específicos de la docencia, sino atender al valor docente de las instituciones, que antes únicamente interesaban por su significado formal jurídico.

Nuestras repúblicas no alcanzarán la categoría de su propio nombre, ni servirán a sus fines históricos, mientras en la organización republicana los simples medios sigan ocupando el sitio de los fines. Las cifras miserables de nuestros presupuestos de educación, son la prueba medible de una inversión en la función del Estado y de las aberraciones de sentido que el Estado comete. Habrá que constituir la educación en la primera institución política de cada país, en su primer ministerio público; y toda concepción política, si es democrática, contará con lo necesario para salvar perennemente los niños de la nación.

Podrá bastar como programa que pidamos esta sola cosa simple y delicada: que no quede un sólo niño sin escuela. Esta proposición contiene todo el planteamiento revolucionario, si se trata de una escuela capaz de formar al niño, enriquecer su alma y prepararlo para transformar la vida en torno. Que no haya un sólo muchacho sin la escuela donde su espíritu pueda recibir enlace con la tradición particular de su país, y se encienda en la gran tradición humana. Donde, sentimentalmente primero e intelectualmente luego, se sienta ligado a la gran tarea de los siglos, por la cual la historia del hombre tiene un sentido. Donde su espíritu se alimente de esa portentosa esperanza animadora que consiste en sentir o comprender que la humanidad está aún en los comienzos de un destino de superación, noble tarea de la libertad responsable. Lejos de una educación desprendida y abstracta, el joven será colocado en todo momento ante la realidad de su país, realidad de suelo y alma, zona de su actividad perentoria; y el amor a la patria, tierra, hombres, tradición, le llegará, no tanto por la consideración de las glorias, como por el conocimiento de las largas desventuras: por lo que todavía y solidariamente sus hijos deben hacer y resolver.

Sólo sobre el cuidado del niño, sobre su íntegro vivir y cultivarse, podrá ser levantada con nueva mente la futura república.

(\*) Extracto de la obra que el autor prepara sobre las relaciones del Estado con la educación en países americanos.

Buenos Aires, 1944.

GABRIEL DEL MAZO

# EL PADRE DESCONOCIDO

EXAMINANDO las estadísticas de mi provincia (Santiago del Estero) me he encontrado con que, durante los últimos años, la doble curva anual de la natalidad — la de los hijos legítimos y la de los ilegítimos — mantiene su paralela regularidad: 55 % de legítimos y 45 % de ilegítimos. Los hijos ilegítimos pueden ser adulterinos o naturales; en las fichas estadísticas no se distinguen unos de otros; para ambos está reservado el mismo rubro: "padre desconocido". Hay, pues, un 45 % de hijos que nacen cada año, sin que sus padres se sientan obligados a reconocerlos. Bien es verdad que el mismo Código Civil autoriza el ocultamiento de la paternidad ilegítima (arts. 43 y 44 de la ley 1565). Este curioso privilegio concedido al hombre que procrea puede explicarse por la voluntad ética de salvar a todo precio la institución legal; pero no tiene ninguna explicación razonable dentro de los mecanismos de la conciencia psicológica, esto es, en el orden de los sentimientos humanos más elementalmente puros. Puede estar bien que el código se decida a castigar a los hijos que han determinado nacer fuera de matrimonio, condenándolos a no tener padre conocido. Pero parece demasiado cruel para los padres entregarles el derecho a rehusarse a la ostentación de la paternidad, que a veces suele ser la única prueba de la idoneidad masculina. Se puede crear un equívoco muy serio: el de que el hombre piense que ama y se dote a su hijo sólo porque ha nacido de matrimonio, y se inclina a relevarse de todo otro dictado hacia la especie sólo porque no está impuesto por la ley, es decir, a la negación de toda base afectiva y prístina de la familia. No es posible suponer jamás que el hombre se abstenga de reconocer a su hijo, legítimo o no, si no es de mala fe, o por razones de duda fundada.

Y sin embargo, el asunto no parece resultar tan fácil en la realidad, y el valor sintomático de la estadística, al consignar el rubro del "padre desconocido", puede ser menos obvio o menos demostrativo que la opción contra-biológica y afectiva que sanciona el Código Civil. He tratado de ir a la realidad de las costumbres y de las almas rurales para controlar el indicio estadístico. He tratado de comprobar si el padre desconocido de la opción legal y de la ficha estadística es realmente el padre que no se conoce y que no reconoce a su hijo; si el hijo ilegítimo es efectivamente un hijo que no tiene padre conocido, o que tiene un padre que no lo reconoce. He hecho algunas consultas: he hurgado en algunas intimidades. No voy a aventurar conclusiones categóricas y demasiado generales. Mi radio de compulsión ha sido sumamente reducido; apenas ha podido mi tarea trascender de algunos reportajes aislados. He aquí las principales señas recogidas.

Parece ser que los padres campesinos — o tal vez sólo la madre — comienzan a inquietarse cuando acontece que la hija mujer llega a los quince o dieciséis años sin dar señales de poder a su vez ser madre. Parece que el amor viril campesino sobreestima y prefiere antes y después del matrimonio a la mujer que se ha probado fecunda. El espíritu campesino se muestra despojado del escrúpulo de la virginidad. "Palo que dura", contestó escépticamente uno a quien trataban de disuadirle de que se casara con la mujer que había elegido, señalándole que "ya tenía varios hijos, que ya no era nueva". Más apodíctico fué aquél que, como alguien le preguntara qué había encontrado en la mujer con quien había decidido casarse y que todos hallaban demasiado madura, nada linda ya, y

para colmo madre de cinco chicos, había argüido: "tiene buenos partos".

El hombre de campo prohija de muy buen alma los hijos que le trae la mujer de antes del matrimonio, vengan de donde vengan. O mejor dicho: no tiene ningún inconveniente en que coexistan los hijos que le trae la mujer con los que él se los granjea. De todos modos, detrás de la indiscriminación desaparece la preocupación rigurosa de la paternidad: subsiste siempre el "padre desconocido". Los hijos son hijos de la madre. Aun el sentimiento de la identidad filial, esto es, aún el reconocimiento instintivo o místico de la paternidad, no renuncia a esa delegación omnimoda del hijo en la madre. Los hijos le pertenecen a la madre fundamentalmente. Tras esta ley infusa se desvanece todo impulso de celo paternal, incluso el de la necesidad elemental de reconocerse reencarnado y proyectado al más allá de los propios días, que es quizás el fondo más seguro del afecto paternal.

Hasta aquí el punto de vista, por así decir, del hombre en esta cuestión. El de la mujer no puede ser más coincidente, y me parece que está reflejado de modo bien preciso en esta anécdota de cuya autenticidad responsabilizo a un amigo plenamente fidedigno:

La joven madre acude acompañada de la suya a inscribir en el Registro Civil el nacimiento de su chico. El empleado llenando la ficha, interroga:

—El padre, ¿cómo se llama?

La muchacha vacila:

—Este... *Máma*, ¿cómo sabe ser el nombre de ese hombre que...?

—*Hudh...* ¿Y qué voy a saber yo de esas cosas...?

—*Oh*, ¿cómo no va a saber, po, el nombre de ese "saco-blanco" que sabía pararse en la esquina?... (1)

El chiste es extraordinariamente significativo, y se liga de un modo directo a los datos antes connotados. Por todos los indicios se llega a la obviación y escamoteo del padre. Lo único firme e importante es la madre, como en las organizaciones primitivas del tipo matriarcal, en las que a menudo ni siquiera se atribuye al padre la paternidad biológica, la cual se concibe siempre como obra y gracia de algún espíritu santo, o simplemente totémico, y no como fruto de laboriosos agenciamientos conyugales. La idea de la concepción biológica es científica y por tanto superior a la mentalidad primitiva. En las sociedades elementales de tipo matriarcal el padre desconocido no significa otra cosa que el reconocimiento del Padre-Dios o Totem, o sea el principio de la comunión familiar o tribal. Frente a la divinidad primitiva sólo queda firme y definida la Madre. Sin duda por esta elección, cuyos motivos no es posible discernir con satisfactoria claridad, sigue constituyendo ella, la Madre, el centro permanente del grupo gregario más simple y la que carga con la responsabilidad del hijo hasta que éste se emancipa.

Uno termina preguntándose si este problema del "padre desconocido" de nuestra demografía rural, no encierra, antes que el resultado de una perniciosa opción legal concedida a los dictados de la paternidad biológica, un

(1) "Ese *saco-blanco*". Es usual en el Norte esa forma de gente. En este caso quiere decir: "ese (hombre que vestía alusión a las personas por el rasgo más exterior y continuo llevaba un saco blanco)".

lejano residuo de costumbres sociales indígenas ya perimidas.

De algún modo, las anécdotas mencionadas remiten fácilmente el asunto, del orden moral jurídico vigente a la etnografía. Y plantean una razón de duda bien afianzada acerca de la legitimidad de un enjuiciamiento del padre desconocido de la ficha estadística, a la luz de los dogmas de ese orden de la moral jurídica.

Saque el lector las consecuencias.

BERNARDO CANAL FELJOO.

Adelantaremos un nuevo esquema de las incitaciones reales y fantásticas del tema de la Ciudad-Campo, para que unos ya se den a soñar y otros nos ayuden con sugerencias, propaganda y cualquier ímpetu de concurso. Los Papeles — haciendo propia la idea del Pensador Poco que ya brindó el tema (aunque no podemos creer hayáis leído y menos recordéis números anteriores) — empezarán a dar los primeros pasos para la realidad adorable y futura de esa ciudad.

Esta anticipación hacia la perspectiva de una suprema belleza civil como sería el entrañable inmenso conjunto de una ciudad de 2.000.000 de chacras, en propiedad, trabajadas familiarmente, y varios miles de fábricas en torno a las cuales se agruparían los que las trabajaran, extendiéndose desde las márgenes del Plata hasta las faldas de la Cordillera, o, quizá más hermosamente, tendiéndose en una o dos líneas de edificación en las riberas del lago Nahuel Huapi, — se lanza pues desde ahora para que tenga ya el efecto moral de dar ánimos y brío para renunciar a la insipidez del vivir juntando pesos, puestos, votos o estatuas.

Mientras nuestro Urbanista traza orientaciones y planos y el Economista estudia su especialidad, un visitante de la redacción nos ha obsequiado con las siguientes sugerencias:

## INVITACION A LA CIUDAD-CAMPO Y en ésta, a la "Afiliación Vivir Siempre"

Programa para la explicación de por qué el Mundo no tiene Figura, ni Perfil, ni Rumbo, ni Marcha, ni Unidad.

En vista de lo cual, para escapar a estas desairadas inconveniencias de lo real, se hace cinco veces más recomendable (por cada carencia mundial una) hacerse habitante de la ciudad-campo, donde se está protegido contra cualquiera de esos inconvenientes y cualesquiera otros.

En la explicación intervendrán o colaborarán los siguientes ingredientes:

La cocina de las tapas cambiadas.

El Diablo que la anduvo.

Notas guturales del furor de cocinera.

Notas de risa de la peonada sentada a comer allí.

El origen total de la música.

El economista del "valor" del chiste.

La Nada y su Erudito.

Valor musical de un furor y muchas risas simultáneas.

Valor humorístico de esta simultaneidad.

Por qué el Pensamiento no tiene sonatas.

Momento en que el Vendedor de Dolores entra a esa cocina.

Quando iniciamos nuestra existencia y los estudios sobre lo que sucede en la inexistencia o muerte, no conocíamos las siguientes prácticas páginas (escritas antes de nuestro primer número) que elaboraran una concepción de la postmorte.

Resparece en los Papeles, abondado nuevamente, ese arduo tema, ya pensado poderosamente por Ramón Gómez de la Serna en "La Anreola Libertada" y por Graziella Peyron en "He aquí un primer día de muerte".

## EL DIALOGO

LA cabeza sumergida a medias en el agua, agitándose, se desprendió del sueño reciente y pesado. La figura del hombre flotaba a su lado, dócil. Así, mientras la hamacaba el agua violenta, la mujer notó que entre pequeñas imágenes, palabras, quejas, el recuerdo iba atrayéndola a un clima penoso. Sufrió todavía de aquella lucha vana contra las audacias de la creciente. Lo recordó a él, con dolorosa claridad, azotado por el ansia de las olas, debatirse y desaparecer. Y le pareció inverosímil que el varón estuviera ahora allí, que le entregara una lenta presencia flotante.

—¿Estaremos todavía en el mismo pedazo de mar...?

Una desesperanza de libertad por entre aguas grandes, sin límite de costas y de escollos, la sobrecogió. Como a su pesar adivinó a la ciudad encendida y débilmente pretendió mirar hacia el Faro de la playa lejana. Pero pudo solamente imaginarlo. Deseó que el Faro no alzase su tiesura en la línea suave de las dunas y aun que ya hubiese desaparecido.

—Estará... estará...

Asustada, creyó encontrar alivio mientras decía: —Ese Faro! — Sentía que comenzaba a odiarlo. Un odio hecho de miedos a esa veracidad, a ese amarillear cruel que turbaba la paz oscura del agua.

El mar revolvió su ritmo, lo desmenuzaba en olas altas, pequeñas. Aligeraba su frenesí en espumas, arrojaba contra el límite de la playa la fuerza rota de sus piedras. Confusamente la mujer pensó en los dos cuerpos como en dos angostos y desmañados restos de islas.

—¿Qué solos estaban en el desamparo del silencio que crecía como otro cuerpo circular, inmenso! ¡Qué solos...! — Algo la sacudió.

—Julia... Julia...

Sufrió de esa voz como de un nuevo padecimiento. Sin responder intentó mover los brazos, llegar nadando hasta el hombre tendido y sufriendo, acariciarlo. Pero de su cintura algo caía hasta el fondo ciego del agua, algo tan pesado...

—Ven...

Era otra vez el gemido. Mas ella se demoraba en sensación torpe como quien no logra desprender sus cabellos de entre zarzas. Una ancha cortina de niebla frente a sus ojos le vedaba mirar la cara del hombre. La mujer se dolió de que su propia mente dibujara una boca reseca, volcada hacia el lado izquierdo, dando de continuo nuevos quejidos.

—Hemos sufrido... sufrido, Julia. ¡Cuánto!

¿Qué? Estaba segura, segura. La voz la envolvía en tonos antes escuchados, renovaba un diálogo amoroso. Como quien contiene la sangre de una vena cortada, la mujer dijo:

—Dime que estás mejor...

—No puedo mirar sino un muro de niebla que crece aquí frente a mis ojos... Sufro...

Ella trató de incorporarse, de acercarse hasta el hombre la nerviosa caricia. No pudo. Pesaba su nuca. Imaginó un collar de piedras desiguales y unas puntas que hacían mal a la piel laxa del cuello.

—¿Qué silencio...! — La otra voz persistía:

—Siento aquí junto a mi cabeza... Porque no te he dicho que mi pobre cabeza...

—¿Qué? — insistió la mujer, pues el viento súbitamente había desvanecido el acento entre vahos de sal.

Se sintió ahogar por una palabra que retorcía su lengua y el soplo de sus labios. Al fin la boca vencida preguntó:

—¿Muerto? ¿Estás... muerto?

Sintió que el hombre reía, que todo el cuerpo vecino, tieso, se daba a una befa sordida, sin sonido.

—Muerto... Muerto...

Las aguas hundieron y luego dejaron aflorar la figura del hombre.

—No, no puedo resistirlo — dijo él con la dificultad de quien cumple una victoria mucho tiempo esperada.

El Faro despojaba al muerto de sus sombras. Y la cabeza aparecía separada del cuello por una luz frígida. El agua alejaba los cuerpos, los juntaba, intensificaba la ausencia dolorosa de cada uno de ellos.

La poseyó el horror de saberse sola en la noche, entre esos remolinos de furia. Deseó vanas veces decir el nombre, llamarlo...

—Sin embargo el diálogo... el diálogo es dulce... y sólo de pensarlo...

Porque ese diálogo antes habíanlo comenzado, no dudaba. Trataba de recordar. El esfuerzo le dió pequeñas manchas de agua levemente verdosas. Y se fué tiñendo el recuerdo... En su pecho la sensación de quien camina contra vientos violentos. Y ya rápida y precisa la mancha extendida del mar.

—Quizás esta tarde misma...

Ya el recuerdo avivaba todo. Se miraba aún tendida de cara al cielo sobre el agua. ¡Y qué sorpresa había sido ver venir hacia sí la figura del hombre, recortado de luminosidad sobre la bruma de la línea vacía!

A grandes brazadas avanzaba, volvía; una vez y otra vez los brazos rompían cada ola, emprendían la marejada creciente. Casi sin advertirlo la mujer alcanzó el ritmo del que nadaba, como quien va hacia un viejo amigo, alegremente. En cada impulso ella aspiraba hondamente la brisa salada, dejaba caer la cabeza hacia atrás.

El dijo — y su voz duró un largo y difícil tiempo, levantada sobre la sonoridad del oleaje:

—Pienso en nosotros como en una sola llama sobre el mundo oscuro.

¿El mundo? Ella se había admirado del recuerdo tangible. Porque era en un mundo más liviano y posible que nadaban. Delante ella; él a pocos trechos siguiendo la vía...

Se dejaron llevar por entre el olvido limpio de toda cosa. Nunca como entonces, nadando, reposando entre el aire áspero y la luz de la tarde, habían sido felices.

Y la voz... ¿Qué había en la voz del hombre que, hablando apenas, la rodeaba de ternura? Recatada voz como la del que ama entre asombros y vergüenza.

—Mira dónde nadas, cuidate...

—Sí...

La mujer sonreía de esa cautela. Y era un diálogo hecho de hondos silencios, de pausas perdidas en la ternura.

El hablaba por sobre el ruido incesante del agua. Las palabras se destruían, morían las frases en la garganta que pugnaba. Y ella huía por el agua, hundía la cabeza en las olas altas, casi ahogada entre asaltos de espuma que parecían querer perderla.

Y en una de las veces que ella repetía su evasión, fué que sucedió. Y el grito. El grito de él echado fuera de la entraña misma, en el límite de la esperanza. La mujer aterrada vió al hombre zarandeado por la marejada. Ah, ella había nadado a grandes trechos, desesperadamente. Pero el mar... olas sobre olas descargándose sobre una forma de hombre.

—¡Aaaah! — El grito levantando la soledad. Luego:

—¡Sálvame...! — Y la voz desmayaba, perdía necesidad de lucha, y ya se dejó arrastrar a través del abismo.

—¡La cabeza...! ¡Arriba la cabeza...! — La mujer respondía al clamor, mientras ella misma se debatía sin ver casi, tratando de llegar hacia el amenazado. El viento le volvía contra el rostro cada aliento.

—¡Dios mío! ¡Morir! ¡Que pueda él morir!

Esta vez también a ella un ancho desmoramiento la arrojó por entre embudos de agua abajo, abajo, perdidamente. Luego... Ahora pulsaban los dos, de nuevo, la animación del diálogo. Las palabras fácilmente relataban el pensamiento apasionado, fluían de uno al otro en sueños.

—¿Has visto? — le reprochaba él, pero sus frases parecían mezclarse a una alegría penumbrosa. — Si sólo pudiera mirarte...

—¿Cómo?...

Súbitamente algo sacudió a la mujer. Se horrorizó de no ser para él sino un cuerpo macedado, mezquino. Y en naciente cobardía presintió su propio rostro descarnado, oculta su belleza en cada pliegue de fatiga, los labios contraídos en la mueca espantable. Además, el orgullo de su frente perfecta deprimido por un tajo lívido.

De improviso el golpe inesperado de la marea hizo que las piernas quedaran enredadas. Un viento las empujaba, mal trenzadas en el viaje inesperado.

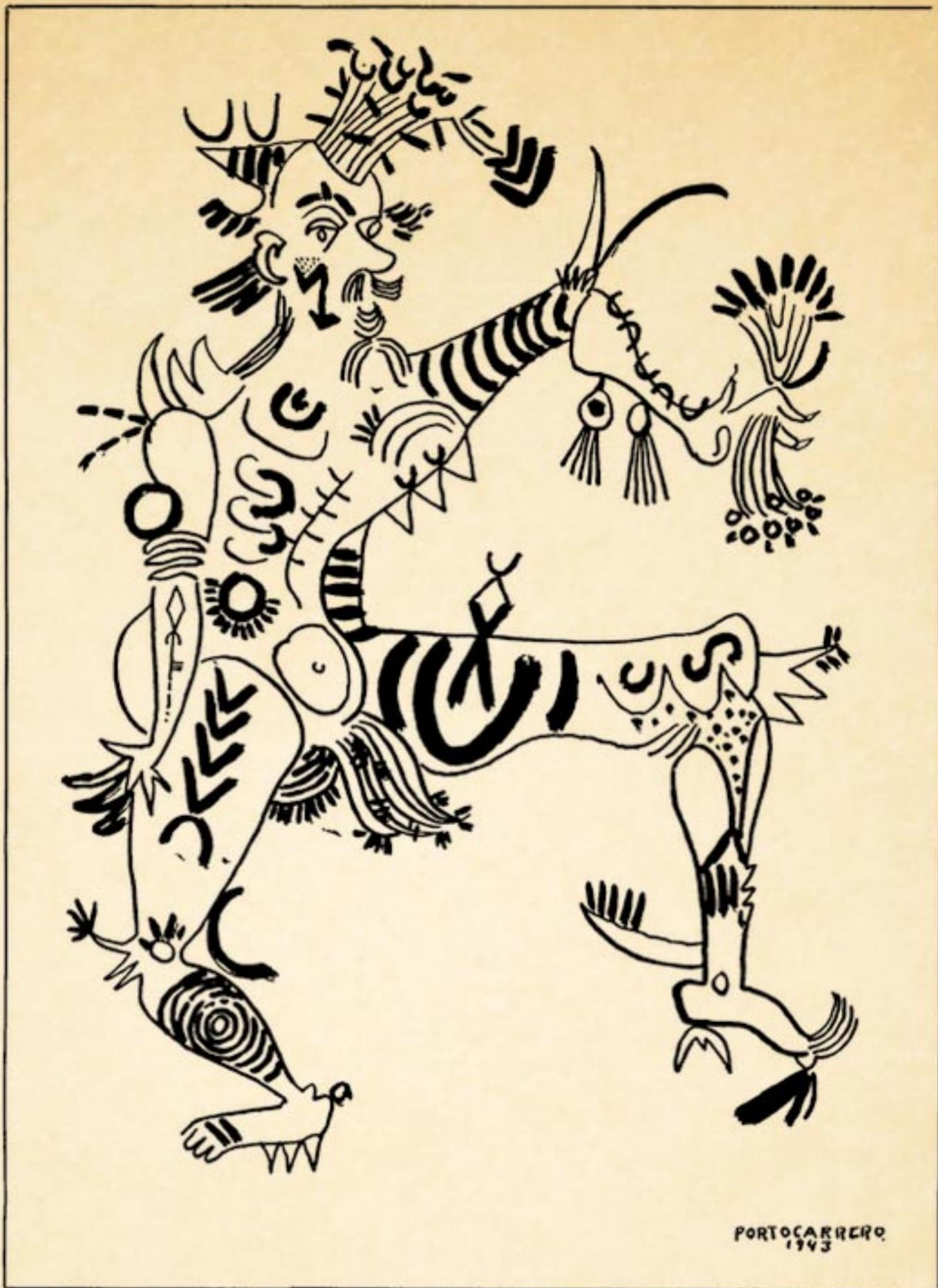
—No... no me perderás...

Atroz, inútil, cobardemente el miedo de la mujer luchaba. Se sentía conducir, arrastrar sin remedio hacia límites lejanísimos. La sacudió aún el pensamiento de mirarse deshecha, entre sajaduras sangrientas. Y el Faro, el Faro...

Sucedieron todavía palabras de la otra boca. Feliz, lo escuchaba ahora decir, decir siempre sin pausas arduas.

En tanto la fuerza indiferente... Y la mujer pensó en dos despojos más que el agua repudiaba entre latigazos. Luego, al mismo tiempo que el océano los descargaba con furia sobre la playa desierta, la mujer se sintió iniciar en la aventura de la muerte compartida. Y lloró un llanto dichoso.

En la noche total la fué poseyendo un sopor húmedo. Rocío y más rocío sobre los párpados. Pero el daño cundía y la iniciaba en un dormir oloroso de graves jardines donde flores de sal prosperaban. La mujer se acocinó levemente, feliz en el hueco mismo en que se hundía el cuerpo del hombre. Sucia de arena, durmió hondamente. Hasta su clima llegaban ahora, claras, las palabras de él. Adquirían la profunda sabiduría de los vocablos asombrosos, precisos, necesarios. Y el diálogo se recobró perfecto.



*"PARA UNA MITOLOGIA IMAGINARIA"*  
LA HABANA, 1943

## POEMA PARA LA POESIA

**A**VANZA el mar y quiere el blondo pez ensimismarse lentamente.

Ensimismarse, sin la menor espuma, en medio de estos peces agrupados junto a una estatua combativa ferozmente por la única ola que viene de noche a morder su rostro impasible. No, yo no quiero entrar por esa puerta: pequeñas conchas y fúnebres caballos haciendo la vida.

Sin la menor ondulación, sin el menor simulacro de mascarada; todo claramente como si un sueño fuera a producirse.

Así vamos en la deteriorada vértebra a salir hacia el mar, notablemente arrugado sin mi amoroso deseo y los castillos donde lame un perro.

Estos animales venían de muy lejos, sin traer en sus patas el postrer cabello de las damas. Entra el cartero y me entrega la carta recibida en el sueño.

Estas tarjetas y la pálida rosamunda parada sobre sus senos.

Imposible pensar la vida a través de una lluvia matemática.

Leves pisadas al fango espeso en la copa del gigante.

No me detengo, no me asombro, la sorpresa llega lentamente en el vientre de un pez.

Tu paz y las desesperadas llamadas del amor. Violar las túnicas dejando intacto el cuerpo: dioses, dioses, palabras siempre yacentes para que nadie interrumpa su alta majestad.

Estoy impulsando este poema y esto puede matarme:

¡Perro, ven perro, perro sin un ladrido, desoladamente canino!

¡Qué flores arrojar, qué lechos ofrecer o qué gavetas!

Todo va a comenzar. Tengo una cáscara.

Los pergaminos, los rollos, los papiros y las indefinibles técnicas del hombre:

como si envolver, plegar fuera el objeto de esa garra; no salen por esa ventana las llamas y el humo no indicará que el papa se llama impiedad.

Las mujeres avanzan con un pie en la boca y mi caracol resonador revienta la cabeza de la comedianta.

Todo el mundo ha olvidado su papel, ¡qué alegría no representar esta noche!

El público protesta y comienza el coito de las sirenas.

Ese seno... qué indescriptible viaje me ha contado:

era algo así como si un caballo y la creación poética se reuniesen en un jardín inglés.

¡Oh, qué furia; yerbas pisoteadas y la mejor flor interrumpiendo su perfume.

¡Qué furia, qué dolor, estas espumas y el punzante recuerdo de aquellos piés cercenados en lo mejor de la danza.

Un viaje indescriptible con la soledad de los danzantes con la soledad de una melodía extraviada de la orquesta.

Puedo perecer y encontrar un amigo.

Esta cabeza, sus llamas, sus cabellos empapados de melancolía, las primeras venas y el hueso adónde llamo para distraerme.

El pantano del espíritu; no, yo no quiero, no quiero.

¡Oh, perro, perro mío, orina más y más con tu pata levantada!

El frío mortal de estos países cálidos:

Usted llama, nadie responde;

las bocas apretadas, la sangre en la planta de los pies y el corazón como un antiguo salón abandonado.

Necesito el amor, las toallas, los monumentos.

Vanas lamentaciones. Un pulpo suelta su tinta y se pone a llorar.

No, yo no quiero entrar y el mundo me basta.

¿Para qué todo este vano aparato? ¿Por qué ese juez?

No, yo no quiero entrar absolutamente; tejo las últimas guirnaldas y tiendo la vista al horizonte.

Me basta el mundo, y, ¿si de pronto me quedo muerto en medio de la calle?

¿Y si de pronto comprendo el amor?

¿Y si súbitamente me dibujo?

¡Oh, no, qué hiriente melodía, qué ladrido:

¿Concretamente puedo enumerarme?

Pero súbitamente también me quedo sin los símbolos:

sabe Usted, un mundo enteramente inerte.

Me presentan un cuadro: nada;

me entregan a la música: nada;

me leen un poema: nada;

¿Quién irá a perecer?

¡Oh, piedras, muchas piedras, rocas. Cubridme: un dedo en el agua puede comunicar el frío a todo el cuerpo.

Sería inútil saber que Filemón y Baucis...

Sería inútil la manzana Newton...

Inútilmente llegas a decirme que Leonardo...

No, — te digo — y casi me sonrío.

¡Qué miseria, qué miseria; pájaro, oiseau, bird, uccello...

Es para golpearse la cabeza;

es para no existir,

¡Babel, Babel, Babel, pero nadie responde!

El viento acompaña a esta amarga costumbre que es hablar.

Su médula corriendo enloquecida por las cámaras de la flauta como si la última palabra fuera a ser pronunciada o como si el gato, frente a mí, fuera a decir:

"Hoy hará un hermoso día..."

Usted se inclina, yo me inclino, no hablamos ni media palabra.

Usted me clava un puñal, yo robo un reloj de oro.

No, no hay juez y el pelotón de fusilamiento ofrece una merienda al reo.

El mundo como hechos sin calificativos.

¿Y aquella frase?

"Un corcho en medio de las hirvientes aguas..."

No queda una sola fotografía del Partenón y tampoco del Vaticano. No queda nada sino el amor.

¡Oh perro, perro mío, aulla; ofrécame un poema de aullidos.

Concédeme esta gracia extrema; tú mismo lo leerás mientras yo quemó los demás poemas.

VIRGILIO PINERA  
La Habana, 1943

# FASTUOSO PORVENIR DE LA IGNORANCIA

*A*lguien dice cultivar cariñosamente sus ignorancias. Es un cariño inútil: la ignorancia crece por sí sola; en tanto que la sabiduría necesita de un esfuerzo creador propio, a la ignorancia le basta el esfuerzo ajeno.

La única utilidad real de los libros de divulgación es que difunden no la sabiduría, sino la sabiduría de las nuevas ignorancias: nos enteramos de que un nuevo rayo, una nueva vitamina, un nuevo modelo de universo acaba de ingresar impetuosamente en el vasto continente de nuestros desconocimientos.

La antigüedad ofrecía sabios universales, como Aristóteles, monumentos al esfuerzo personal; nuestra época, en cambio, ofrece ignorantes universales, especies de Aristóteles al revés. Somos monumentos al esfuerzo ajeno.

ERNESTO SABATO.

(CORREO PERDIDO)

Este espécimen de mareo-lectura o literatura de lector mareado pertenece a un colaborador espontáneo extranacional que lo titula "El mareo-ensayo de Luciano" y hace una deseable continuación de la "Prosa de Mareo" inscripta en el N° 2, cuyo autor, presuntivos, quedaría grato con el condonarlo de los respectivos derechos de invención.

## EL MAREO DEL SUEÑO DE LUCIANO

*M*e parece que María y yo hemos salido algo confundidos de la visita y diversión de este domingo.

Ahora lo que no me acuerdo bien es qué es lo que le dije, y además lo peor es que no se si ella me oyó cuando dije que para dudas mejor es quedar soltera. Quiere decir entonces que acaso yo le dije que yo no sabía si estaba enamorada de ella o no. ¿Fue ella o yo quien dijo: "Aquí está Luciano"? Yo no acostumbro a darme importancia diciendo "Aquí está Luciano", aunque sé lo que valgo allí y cómo me distinguen. Pero pudiera ser que yo lo haya dicho. Aunque me parece que María no lo oyó. Si lo oyó, debe haber pensado que yo no era el Luciano de antes, modesto, prudente. ¿Por qué no pensó María más bien que yo no podía haber dicho eso? Esto para el caso de que ella haya oído y de que lo haya dicho. A lo mejor se le ocurrió a ella que yo le había dicho. O bien lo dije y no me oyó.

IGNACIO MENDEZ ZULOAGA.  
(Quito)

(PARA ESCENA DE CINE, BALLET O NOVELA)

## HISTORIA DE LA GUERRA TOTAL

Un público de teatro que mira a un público de conventillo. Y dos espectadores que se contagian.

*C*harlas dos cocineras mientras cada una hace girar el cuerpo de una gallina alrededor de su respectivo pescuezo, firme en el puño la cabeza, en la forma tradicional de dar fin a la existencia de las aves comestibles. Sienten la estrangulación en la mano; sienten los estertores y prosiguen su animado diálogo. No hay duda de que en esa conducta se implica una idea pesimista: de todos modos va a ser igual para el animal, de todos modos va a morir, un poco antes o un poco después tanto da; morir hoy y así porque morir y quizá peor ocurrirá, pues la vida no vale nada "ni a las gallinas ni a nosotras, las cocineras". El sufrimiento de esa lenta y desordenada estrangulación lo hubieran sentido con cualquier género de fin; ¿o hay muertes más y otras menos penosas? (Como la franja masculina del mundo cree que la vida vale, horrorízase. Pero las cocineras pertenecen a la femenina).

Por momentos, en la conversación, continúan olvidándose de su tarea; los alientos del animal moribundo las vuelven entonces a la acción; revolotean unas cuantas veces más el cuerpo del ave en torno a la cabeza; se distraen de nuevo, etcétera. En eso, un simple cambio de opiniones (alegando una que sus gallinas ponían huevos fritos y por eso valían más) se transforma para ellas — que continúan cada una con su cabeza de gallina en la mano — en trifulca; se escaloran y desgreñan, dándose golpes con los cuerpos de las aves. Entonces la más fornida pretende hacer con la otra, sin pensarlo mucho, lo que acaba de hacer con la gallina, y le toma la cabeza y pretende revolotear el cuerpo. Luego aparecen dos vigilantes que se alistan cada uno por una cocinera y concluyen peleándose entre sí, y el más alto amenaza con estrangular en la misma forma al otro. Y finalmente sucede lo mismo con gentes del público del conventillo y hasta de los espectadores mismos en el teatro, amén de los lectores.

Cuando ocurre dos cocineras con dos gallinas el día es domingo; igualmente para el comisario; las atendió, pues y se reservó, con las gallinas, el meditar y resolver. Antes las digirió. Todo terminó así y pareció muy bien.

(Derechos reservados por Ricardo Villafuerte, 1944).

# CUENTO

*E*N aquel bar, restaurante y confitería vastísimos, abundantes de todo lo más variado y caprichoso, servía desde hacía veinte años a multitud de clientes renovándose, con una solicitud y presteza incansables, Tomás, una santidad de lo servicial y de cordialidad y simpatía a todo cliente y sus gustos y antojos, que le alegraban siempre y no le irritaban nunca por exigentes y laboriosos de satisfacer y combinar. El gusto de cada uno, de infinita variedad, todos tan legítimos y con los que somos poco tolerantes a menudo, era su grata santidad.

¡Podrá creerse que hubo quien a sabiendas marchitó por un momento, hirió y desmayó esta actitud humana tan hermosa, esta real y constante caridad, esta magnífica postura de ser genuinamente Hombre! Ser un humano cual Tomás es ser hoy un inmenso revolucionario, un invitante máximo a la verdadera recuperación humana, ya quizá desesperada en medio de tantos discursos, cataduras y aposturas de benevolencia y ciencia, cuando sólo se practica servir bombas, mentiras y despojos, en guerra y en paz igualmente.

Hacer, preparar niños que sean hombres como Tomás es el único camino de recuperación, si todavía es posible; el único recurso casi artificioso que, entre tantos planes ostentosos, insinceros, afiebrados, más o menos ignorantes, puede conducir a esa obra sin la cual no habrá salvación, es forzar las cosas y situaciones a mantras y arreglos que a su vez fuercen a cordialidad en la convivencia.

El cliente que viene entrando con amigos al Bar es tipo de la desmoralización de la época, no un malvado, pero si tocado de algún vicio de maldad. Es viejo cliente como sus amigos, clientela afectuosa con Tomás. Pero quíere creer que ha llegado para la psicología no muy sólida o clara de Agustín Llanos un momento de serle irritante la felicidad de cumplir pedidos en Tomás, y se ha propuesto turbarla, sin consultar a sus amigos — quienes han solido comentar elogiosamente la constante amabilidad de Tomás.

—¿Y Vd. qué pide, don Agustín?

—Pues me traes un plato de garbanzos del puchero de hoy, fríos y con una tajada bien tostada de hielo.

—Pero esto — balbuceó Tomás — no lo sabemos preparar aquí; yo voy a ver, a preguntar, pero...

Tomás temblaba, palidecía; se apoyó en una silla; se sentó de golpe y cayó sin vida.

Sirviendo complacido a todos, gustoso de verlos llegar directamente a las mesas suyas, aunque cansado, asediado de atenciones al fin de la tarde, su sonrisa de bueno, su semblante dirigido a Agustín, recibió la muerte, de éste.

¿Tiene perdón una torpeza tal, cuando nos asedian los simuladores del Servir en todas las profesiones y actividades, un por ciento terrible de simuladores del hacer y del dar, del traer verdad, del intentar el bien?

¿No es policial el dolor y muerte de ese hombre tan bueno? Hay sucesos que por su intensidad sentida son policiales, mas les falta la exterioridad violenta.

Yo quisiera que su publicación en Crónica de Policía hiciera sentir más netamente lo que vale el dolor moral y lo que puede dañar y torturar la torpeza, el descuidar los sentimientos ajenos.

Como yo debo también consideración a los sentimientos de los otros, aliviaré los del lector declarándole que lo relatado no ocurrió. Pero afirmo que me dolería mucho menos que Tomás hubitra muerto de un tiro o un accidente; lo que me subleva es esa muerte por desquiciamiento interior, vacío instantáneo de la Ilusión de Servir que daba calor a su vida entera.

(ANÓNIMO 1944)

Se ha encontrado en Buenos Aires el hombre que firma triángulos y circunferencias. Ya los que firmamos lo ajeno quedamos cortitos.

## (SOLILOQUIO)

¿DEBEMOS, confusos, confesarle al lector en qué trabajos nos esperamos? Los "Papeles" lenta y esporádicamente alcanzar a significar lo que sus ágiles proyectadores... Hay que luchar contra la materia y a veces contra las almas, como se dice en literatura. Hay que prosperar contra el tiempo, también; doblemente: contra lo anacrónico y contra lo excesivamente temporáneo: la actualidad de cada día; acertar con una fórmula de temporaneidad viva, de actualidad inmanente. Y ¿quién sabe a su tiempo?

Alguien recordará que este número integra al precedente; así se lo suplicó del lector; ahora quisiéramos que él mismo se integrara además con la intención de ciertos trabajos que hace tiempo procuramos. Aquél se formaba de presente y futuro; éste de buenas acciones y buenas intenciones. Se reclama así la atención del lector sobre sus colaboradores por esperanza y por ausencia. Podríamos nombrarlos... pero nos limitamos a advertir que trabajan algunos de los más distinguidos creadores y pensadores y hombres de laboratorio.

Desde el primer momento quisimos que no faltaran, por ejemplo, algunos trabajos, necesariamente breves, de investigación y doctrina científica; quisimos que no faltaran...

Mas no vanamente disfrutamos de un amigo asiduo de San Agustín y Kierkegaard, que puede disminuir la intensidad de la aflicción y templar nuestra confianza. Como además de psicólogo piadoso tiene algo de novelista y una pizca de ensayista, nos dice más o menos:

Sin cierta tensión del deseo, sin cierta frustrabilidad activa — en hechos y personas — no hay cosa verdadera. Lo importante es que en estas páginas no falte un recuadro propio, abrigadamente escondido, para advertir las evidencias de nuestro no ser, las resistencias al acto, la confidencia de insatisfacción y, felizmente, de esperanza.

¿Qué conducta o volición es perfecta sin una equilibrante ausencia, tensión, incompreensión, perplejidad? Lo humano es haber descubierto el valor religioso y metafísico de la intencionalidad, de la espera, de la desaprobación, sombras en que se disuade el apetito primario de lo circular, lo indramático, lo fríamente abandonado de una vez para siempre y sin otro latido que el de lo consumado. Sólo las mentes filosóficas creen que el ente no existe, sino en su aparentialidad; la ontología — de los "Papeles de Buenos Aires" — no solamente es 1º *dinámica* o *serial*, —ningún número puede tener sentido, sino en la configuración de su continuidad, —sino 2º *noumenal*, es decir, que cada número se forma de lo visible y lo invisible, o sea de acción e intención.

En suma: la conciencia de imperfección es, metafísica y estéticamente, uno de los más altos atributos de la persona... papelística.

En fin, he aquí alguna de nuestra labor de desear y aguardar que debe ser estimada en su mérito potencial. Trabajamos en preparar, con citación de especialistas:

"Doctrina de la Argentina"  
"Definición de Buenos Aires"  
"Destino de la Latinidad".

"Papeles de Buenos Aires" están en permanente duda y discusión. Si algo existen, es por su voluntad de exigir de cada colaborador una suficiente responsabilidad de duda de sí.

Aventurarse a una idea o una imagen; estudiar y soñar y crear la realidad...

Procuran ordenar estos papeles Adolfo y Jorge de Obieta.

Ejemplar: cincuenta centavos.  
Seis números: tres pesos.  
Casilla de Correo 1690.  
Buenos Aires, Argentina, América.



"A esta provincia del Río de la Plata, con el primer Gobernador de ella Don Pedro de Mendoza habemos venido ciertas mujeres entre las cuales ha querido mi ventura que fuese yo la una; y como la armada llegase a Buenos Aires con dos mil y quinientos hombres y les faltase el bastimento, fué tamaña la hambre, que al cabo de tres meses murieron los dos mil. Vinieron los hombres en tanta flaqueza que todos los trabajos cargaban sobre las pobres mujeres; así en lavarles la ropa como en curarles, hacerles de comer lo poco que tenían, limpiarlos, hacer centinela, rondar los fuegos, armar las balistas cuando los indios venían de guerra, hasta poner fuego en los versos y levantar los soldados que estaban para ello, dar arma por el campo a voces sargenteando y poniendo en orden los soldados; porque, en este tiempo, como las mujeres nos sustentamos con poca comida, no habíamos caído en tanta flacura como los hombres. . .

... "Después determinaron salir el Paraná arriba en demanda de bastimento, en el cual viaje pasaron tanto trabajo las desdichadas mujeres que milagrosamente quiso Dios que viviesen por ver que en ellos estaba la vida de ellos; porque todos los servicios del navío los tomaban tan a pecho, que se tenía por afrentada la que menos hacía que otra, sirviendo de marear la vela, gobernar el buque, sondar de proa y tomar el remo al soldado que no podía bogar y esgotar la nave, dando ejemplo a todos con estos voluntariosos sacrificios".

(Isabel de Guevara a Juana de Castilla, julio 2 de 1556).

Asimismo estamos ordenando las respuestas a la encuesta sobre: "¿Los americanos carecemos del poder de creación?" No hemos recibido aún las contestaciones, prometidas, de Germán Arciniegas, Gilberto Freyre, Pedro Henríquez Ureña, Alberto Hidalgo, Gabriela Mistral, Alfonso Reyes, Ricardo Rojas, Luis Alberto Sánchez, Luis Emilio Soto, Alberto Zum Felde...

### PREMIO NOBEL DE VILLA REAL

No diré el primer premio, sino el tercero, que, como sabéis, es el adjudicado en cada año a la celebridad más local que se produzca en la civilización: un hombre a quien sólo conocen en el lado Oeste de Villa Real.

### Sumario No. 3

Ulyses Petit de Murat: Una noche. \* Graziella Peyrou: Su búsqueda. \* Segundo J. Olivera: La ventana abierta y Hacia un fin. \* Alberto J. Ricardí: El plagio y la literatura infinita. \* Consulta a los profesores de Etica. \* Witold Gombrowicz: Filidor forrado de niño. \* Pensador de Poco: Escritos. \* Juan Carlos Paz: Ensayo IIº sobre música. \* El Malhumorado Inteligente: Psicología del hombre y la mujer. \* Visitas de Dionisio Buonapace. \* Eduardo A. Jonquières: Poemas. \* Pedro de Olazábal: Prólogo a los vampiros. \* Víctor E. Espinosa: Spitfire y Detrás de los Cablegramas. \* Lucio Federico Aguilar: Otro episodio de secretos de lo novelístico. \* Literatura Literatísima. \* Para nuestro inminente año 1944.

Dibujos de Violeta Lorraine Pouchkine.